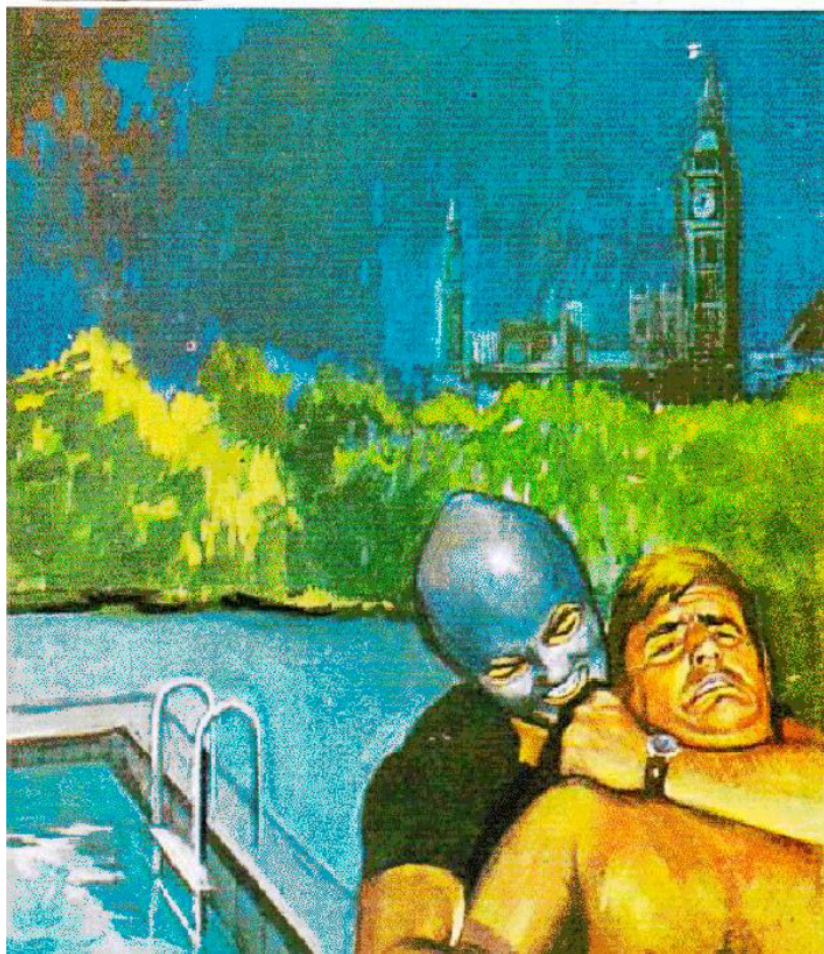




la muerte nos citó en Londres

joseph berna



COLECCION

PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA

LA MUERTE NOS CITO EN LONDRES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 712
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 39.064 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1975

© Joseph Berna - 1975

texto

© Jorge Nuñez - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.321 — Un millón de dólares por Brigitte.

En Colección KANSAS:

843 — La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

164 — La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

189 — Un neoyorquino en Arizona.

En Colección PUNTO ROJO:

683 — Al asesino le gusta Beethoven.

CAPÍTULO PRIMERO

—Manos arriba.

Sí, eso me ordenaron.

Seguro que ustedes ya se estarán preguntando quién.

¿La policía?

¿Algún atracador?

No, amigos, se equivocan. Yo, Rocky Wells, veintisiete años, moreno, no mal parecido, residente en Nueva York, no he tenido hasta el momento presente problemas con la policía. Tampoco he sido nunca víctima de un atraco, entre otras cosas porque mi billetera, desgraciadamente para mí, suele estar tan poco repleta que no es una tentación para nadie, pero especialmente, para un atracador.

Solté a Cora y me separé un poco de ella.

Sí, amigos, no se asombren. Cora era quien me había ordenado levantar las manos, y yo estaba obedeciendo. Nos encontrábamos en mi pequeño y sencillo apartamento, sentados en el cómodo sofá que tengo en el reducido *living*.

Cora es una chica maravillosa. Alta, bien formada, larga cabellera rubia y unos ojos, grandes y azules, que producen vértigo. Me la encontré en el bar de Joe, un viejo amigo mío. Cora se hallaba sentada junto a la barra, sobre un taburete giratorio, con las piernas, largas y sugestivas, cruzadas un tanto descaradamente. Al verme entrar, extrajo una cajetilla de emboquillados y se llevó uno a los labios. No le prendió fuego, esperaba que yo se lo encendiera.

Yo lo hice, claro. Entablamos conversación y nos hicimos amigos rápidamente. Que la chica quería ligar, era evidente. Y como a mí me encantaba la idea, no tuve ningún inconveniente en invitarla a tomar una copa en mi apartamento. Ella aceptó, con una caída de pestañas que me produjo frío en la espalda.

Ya en mi apartamento, y tras haber escanciado *whisky* en un par

de vasos, en los que previamente había dejado caer unos trozos de hielo, nos sentamos en el sofá. Cora cruzó de nuevo las piernas, más descaradamente todavía que en el bar de Joe, y me miró, sonriendo atrevidamente.

No había duda, estaba esperando mis besos.

Y como a mí nunca me ha gustado hacer esperar a nadie, deposité mi vaso sobre la mesita, hice lo propio con el de ella, la abarqué por la cintura y la besé en los labios, unos labios ardientes, hábiles, que se apresuraron a colaborar en la caricia.

Por todo ello, el beso resultó de cine.

Y los que se sucedieron después, también.

Sin embargo, cuando mis manos intentaron jugar con la escultural anatomía de Cora, ella me ordenó elevarlas, apartarlas más bien, lo cual me desconcertó, porque no lo esperaba.

Tras ese «manos arriba» que ustedes ya conocen, ella me preguntó:

—¿A qué te dedicas, Rocky?

—Me estaba dedicando a ti, pero como me has puesto el *stop*...

Cora hizo un mohín pícaro.

—La noche es larga, Rocky.

—Claro, sobre todo si se tiene un dolor de muelas.

Ella emitió una risita de gata muy gata.

—¿Cuál es tu profesión, Rocky?

—Soy chófer. Conduzco unos camiones muy grandes.

—Debe ser un trabajo duro y peligroso.

—Para mí, no. Soy un especialista en curvas —repuse, apoderándome nuevamente de su cintura.

—Sigues pareciéndome muy impulsivo, Rocky.

—Y tú a mí una maravilla, Cora.

Volví a besarla, con vehemencia.

Ella me correspondió de igual modo.

Mis manos intentaron acariciarla por segunda vez.

Afortunadamente, en esta ocasión no hubo *stop*.

Pero hubo otra cosa: un timbre, sonando con fuerza.

Qué oportuno, ¿verdad?

Me vi obligado a dejar libre a Cora, alargué la mano hacia el teléfono, descolgué el auricular y me lo llevé al oído.

—¿Diga? —Gruñí, con el ceño fruncido.

Nadie me respondió.

Pero lo que me dejó perplejo fue que el timbre sonó de nuevo.

—No es el teléfono, Rocky —me dijo Cora, en tono burlón—. Están llamando a la puerta.

Mascullé una imprecación por lo bajo y colgué el auricular. Me levanté, me aproximé a la puerta y abrí. Me quedé estupefacto. Allí, en el corredor, había una morena con todo lo que hay que tener para no pasar inadvertida.

Y yo la conocía. Vaya si la conocía...

—Hola, Rocky —dijo, la beldad, sonriendo con ironía—. ¿No me invitas a entrar...?

Carraspeé embarazosamente.

—Verás, Olga, estoy tan ocupado que...

Olga no me dejó terminar, porque desde el umbral había divisado a la turbadora rubia que ocupaba mi sofá. Me apartó de un empujón y se coló rápidamente en mi apartamento.

Las dos bellezas se midieron de pies a cabeza, con descaro, pero sin dirigirse la palabra.

Yo, muy preocupado, cerré la puerta y me acerqué a ellas.

—Tienes muy mala memoria, Rocky —dijo sarcásticamente Olga, sin dejar de mirar a Cora—. ¿Sabes qué día de la semana es hoy?

—Viernes —respondí, tosiendo ligeramente.

—¿Y con quién tienes una cita todos los viernes por la noche?

—Contigo. Pero si me dejas que te explique...

—Huelgan las explicaciones, Rocky. Ya le estás diciendo a esta gatita rubia que se largue inmediatamente.

—La única gata que hay aquí eres tú, mona —replicó Cora, con un brillo extraño en los ojos.

Los de Olga chisporrotearon. En tono amenazante, dijo:

—¿La echas tú por las buenas, Rocky, o la echo yo a patadas?

Antes de que yo pudiera responder, Cora brincó del sofá y se situó muy cerca de Olga.

—¿Por qué no lo intentas, rica...? —repuso desafiante.

Todo sucedió tan de prisa, que cuando acerté a reaccionar, las dos mujeres se encontraban ya en el suelo, formando una bola que se movía hacia un lado y otro. Se golpeaban, se arañaban, se tiraban del cabello, mientras gritaban y voceaban como dos

histéricas.

Corrí hacia la bola humana, cogí un par de tobillos, que resultaron ser los de Olga, y tiré fuertemente de ellos, yéndome hacia atrás. Sin hacer caso de los gritos de protesta de la morena, la arrastré un par de metros por el suelo del *living*.

Cora ya sé había levantado y parecía dispuesta a lanzarse sobre Olga, pero no pudo hacerlo, porque yo dejé los tobillos de la morena y me interpuse entre ambas.

—¡Quietas! —grité.

—¡Déjame pasar, Rocky! —chilló la rubia—. ¡Tengo que aplastar a esa víbora!

La morena, que ya se había incorporado, gritó:

—¡Déjanos continuar, Rocky! ¡Quiero sacarle los ojos!

—¡He dicho que no, basta de peleas! —exclamé autoritariamente—. ¡Y a la primera que se mueva, la tumbo de un puñetazo!

Mi amenaza —que no era más que eso, una amenaza, porque pegarle un puñetazo a una mujer es algo muy feo— causó efecto. Olga se dejó caer en un sillón y Cora en el sofá, ambas con la respiración jadeante por el esfuerzo realizado. Tenían el pelo desordenado, el rostro empapado de sudor, pero, afortunadamente, ninguna señal en él. Tras unos segundos de silencio, decidí:

—Vais a marcharos las dos de aquí ahora mismo.

Observé que en los ojos de ambas asomaba la desilusión.

—Una de nosotras podría quedarse... —murmuró Olga, más calmada.

—Sí, Rocky —dijo Cora—. Decídelo tú.

Cabeceé en sentido negativo.

—Eso no es posible. Me gustáis demasiado las dos como para decidirme por una. Hale, poneos en pie, arreglaos un poco el cabello, y salid de mi apartamento sin armar escándalo.

Las dos obedecieron, sumisamente. Al pasar por delante de mí, Olga dijo melancólicamente:

—Buenas noches, Rocky.

—Buenas noches, Olga —dije yo, y la besé en la mejilla, como si fuera su padre.

Cora también me dio las buenas noches, lánguidamente, y yo le di el correspondiente besito en la mejilla, para que no tuviese celos

de Olga.

Cuando me quedé solo, regresé al sofá, tomé mi vaso de *whisky* y bebí un sorbo. Permanecí así durante un rato, pensando en Cora y en Olga. Lástima que todo hubiera salido mal... Con Cora pude haber pasado un fin de semana inolvidable, de no haber aparecido Olga, claro. Y con ésta tampoco lo hubiese pasado mal, si no se me hubiera ocurrido ligar con Cora, claro.

En fin, como lamentándome no iba a solucionar nada, decidí olvidarme de ellas.

Consulté mi reloj. Como la hora era muy avanzada, desistí de ir a ningún sitio. Lo mejor era tomar una ducha de agua fría y meterme en la cama.

Apuré mi *whisky* y me levanté, dispuesto a llevar a cabo mis propósitos. Fue entonces cuando, por segunda vez aquella noche, sonó el timbre de la puerta. No pude evitar un respingo, porque por mi mente cruzó un pensamiento que me llenó de alegría: Cora se había librado de Olga y regresaba a mi apartamento, dispuesta a pasar la velada conmigo. O viceversa: Olga se había deshecho de Cora y volvía a mi lado.

¿Cuál de las dos sería?

¡Diablos, daba igual, las dos eran unas hembras de campeonato!

Corrí hacia la puerta y la abrí.

La más amarga desilusión me invadió el cuerpo...

Ni la rubia Cora, ni la morena Olga. Nada de faldas.

Llevaba pantalones y el uniforme de funcionario de Correos.

—¿Señor Wells? —me preguntó el hombre.

—Sí, yo soy —suspíré.

—Le traigo una carta certificada.

—¿A estas horas?

—Es urgente. Firme aquí, por favor.

Estampé mi firma en el lugar que el funcionario me indicaba y él me entregó el sobre. Como le di medio dólar de propina, el tipo se marchó tan contento.

Observé el remite de la carta. Me la enviaba un tal John Moore, abogado, desde Londres. Mi extrañeza aumentó, porque no conocía a ningún John Moore. A decir verdad, no conocía a nadie en Londres, ni en ninguna otra ciudad inglesa.

Le di la vuelta y comprobé que las señas estaban muy claras:

«Rocky Wells, 328 de Fulton Street, apartamento
16-C,
Nueva York».

No lo pensé más, abrí el sobre. Contenía un escrito no muy extenso, en la cabecera del cual figuraban mi nombre y dirección. El texto decía lo siguiente:

«Distinguido señor Wells: Habiendo sido nombrado heredero de una octava parte de los bienes de Charles Maughan, se ruega a usted tenga a bien presentarse en el domicilio al pie indicado, antes de las doce de la noche del día 6 del mes en curso, participándole que su parte de la herencia asciende a quinientas mil libras esterlinas. Con tal motivo, le ha sido reservado, en la Pan American, un pasaje, Nueva York-Londres, de ida y vuelta, comunicándole asimismo que, de no presentarse antes de la hora señalada, perderá su derecho a recibir la herencia».

El escrito lo firmaba John Moore. Y efectivamente, al pie del mismo, se indicaba una dirección de la capital inglesa.

No creo necesario decirles que mi perplejidad había llegado al límite. ¿Heredero yo de medio millón de libras...? ¡Imposible, vamos! Estaba seguro de no conocer al tal Charles Maughan. Por fuerza tenía que tratarse de un error. ¡Y qué error...!

Me dejé caer en el sofá, atrapé el vaso de *whisky* que le había preparado a la rubia Cora, y lo vacié de un trago. Me puse a pensar... Sí, el heredero debía ser otra persona, que, casualmente, se llamaba como yo. Ahí debió estar la confusión, y en lugar de tomar la dirección del otro Rocky Wells, habían tomado la mía... Pero la confusión podía traer graves consecuencias para el auténtico heredero, puesto que al haberme sido enviada a mí la carta por error, mi homónimo no se presentaría en Londres, lo cual, a tenor de lo que se advertía en el escrito, sería suficiente para que dejase de percibir su parte de la herencia.

¡Dejar de percibir medio millón de libras!

Me dije que no debía quedarme con los brazos cruzados.

Tras unos minutos de meditación, busqué en el listín telefónico

el número de las oficinas de la Pan American y llamé, rogando me comunicaran con la sección de pasajes. Cuando lo hubieron hecho, inquirí:

—¿Podrían indicarme si tienen reservado algún pasaje Nueva York-Londres, a nombre de Rocky Wells?

—Espere un minuto, por favor —me respondió la voz femenina que me atendía.

Encendí un cigarrillo mientras tanto.

—¿Ha dicho Rocky Wells?

—Sí, señorita.

—Efectivamente, señor, tenemos reservado un pasaje a ese nombre.

—¿Es de ida y vuelta?

—Sí, señor.

—Dígame a qué hora sale el avión para Londres, señorita.

—A las ocho en punto de la mañana, señor.

—Gracias, es usted muy amable. Si nos encontramos alguna vez, recuérdeme que deseo invitarla a cenar.

Dejé el auricular en las horquillas.

Bien, disponía de un pasaje de avión a mi nombre. Aquello representaba el poder ir a Londres y regresar, sin gastarme un solo centavo. Saliendo en el avión de las ocho de la mañana del sábado día 6, estaría en la capital inglesa sobre las dos de la tarde, poco más o menos. Como, según tengo entendido, entre Nueva York y Londres existe una diferencia de cinco horas, las dos de la tarde en la ciudad de los rascacielos son las siete de la tarde en la capital inglesa, es decir, que todavía contaría con cinco horas para personarme en la dirección que se indicaba al pie del escrito. Tiempo más que suficiente, desde luego. Y una vez aclarado el error sufrido, enviándome a mí la carta, tomaría el avión de regreso el domingo y otra vez en Nueva York, dispuesto a presentarme el lunes por la mañana en la empresa donde trabajo.

Sí, no estaba nada mal aquello de pasarse el fin de semana en Londres...

CAPÍTULO II

Llegué con tiempo suficiente al aeropuerto y me personé en la oficina de despacho de pasajes. Como algunas personas se me habían anticipado, tuve que hacer cola. En pocos minutos me llegó el turno. Yo los había empleado observando a la chica que despachaba los pasajes, una verdadera monada toda ella.

—Usted dirá, señor —me sonrió con amabilidad.

—Yo le diría muchas cosas, pero no es el momento ni el lugar más apropiado. Me conformaré con retirar un pasaje que tengo reservado para el vuelo Nueva York-Londres. Mi nombre es Rocky Wells.

Los ojos de la chica emitieron un destello irónico. Segundos después, me lo entregaba.

—Aquí tiene, señor Wells.

—Gracias, preciosa.

—Le recuerdo que desea usted invitarme a cenar...

—¿De modo que fue usted quien...? —Respingué.

Ella sonrió pícaramente.

—Sí, yo le atendí anoche, señor Wells.

—Caramba, qué sorpresa.

—¿Qué hay de la cena...?

—Tan pronto como regrese de Londres hablaremos de eso.

—¿No se le olvidará?

—Seguro que no. Es usted una chica difícil de olvidar.

Nuestra conversación se producía en voz bastante queda, pero por lo visto, no lo suficiente como para que no nos oyese alguien que se encontraba detrás de mí. Y no con mucho agrado, por cierto.

—Si no tiene inconveniente, señor —oí que me decían—, converse con la chica en otra ocasión. No quisiera perder mi avión por su culpa.

Me volví ligeramente y descubrí a una joven de cuerpo esbelto,

pero no pude saber si era bonita o lo otro, porque unas enormes gafas de sol, muy oscuras, le cubrían casi totalmente el rostro. Además, el sombrero —horrible para mi gusto— también tapaba lo suyo.

Me aparté un poco del mostrador, dejándole el paso libre.

La chica se encaró con la empleada de la Pan American:

—Pasaje a nombre de Dorothy Harper, Nueva York-Londres, reservado.

La empleada de las líneas aéreas no la miró con la misma simpatía que a mí, pero la atendió correctamente, como era su obligación. En pocos segundos localizó el pasaje y se lo entregó.

La chica de las gafas enormes dio media vuelta y salió con paso vivo de la oficina. Yo la seguí con los ojos, cautivado por su forma de andar. La voz de la empleada de la compañía aérea me volvió a la realidad:

—Recuerde su invitación, señor Wells.

—No me olvidaré, encanto —dije, y rápidamente la besé en los labios.

Justo en aquel momento, por los altavoces, rogaban a los pasajeros del vuelo 766, Nueva York-Londres, que se personasen en la pista.

Salí disparado de la oficina de despacho de pasajes y me presenté en la pista. El avión ya estaba dispuesto. Los pasajeros subían por la escalera metálica que conducía al interior del enorme aparato. Una linda azafata, situada al pie de la escalera, revisaba los pasajes. Como el mío estaba en orden, me colé en el pájaro de hierro. Otra azafata, muy atractiva también, me condujo al asiento que me correspondía.

—Aquí, señor Wells. Le deseo un grato y feliz viaje.

La azafata se alejó, pero yo me quedé quieto, sin decidirme a ocupar la cómoda butaca que me había sido designada. La razón era que, en la de al lado, la que estaba junto a la ventanilla, se hallaba sentada la chica de las gafas grandes y oscuras, aunque ahora no las llevaba puestas. En cambio, sí conservaba el feo sombrero. La chica se encontraba ojeando una revista, pero al oír pronunciar mi nombre a la azafata, giró bruscamente la cabeza y me miró, con cara de pocos amigos.

A pesar de su adusta expresión, me pareció una joven

sumamente atractiva. Sus ojos eran pardos, y resistían firmemente la mirada de los míos, sin un pestañeo. Yo bajé un poco los ojos y descubrí sus piernas cruzadas. Como la chica llevaba minifalda, mostraba buena parte de ellas. Pensé rápidamente que, si las piernas bonitas se hicieran en serie, las suyas tendrían grandes posibilidades de ser elegidas como molde.

—¿Todo en orden? —me preguntó altivamente.

Capté perfectamente la intención de sus palabras, pero traté de salirme por la tangente.

—Creo que me confunde usted con el capitán, señorita. Pero, si tanto le interesa la seguridad del vuelo, corro a preguntárselo.

—No se haga el gracioso conmigo.

—Perdone, no era ésa mi intención.

La voz de la azafata que me había acompañado hasta allí, sonó a mis espaldas:

—Por favor, señor Wells, siéntese en su butaca. Estamos a punto de despegar.

Aquella indicación me cayó llovida del cielo. Me apresuré a sentarme, con gran disgusto por parte de mi compañera de viaje.

—Bien —dije, acomodándome lo mejor posible en la butaca—, parece que el buen tiempo acompañará nuestro vuelo. De no presentarse alguna tormenta imprevista...

La chica del sombrero apretó los dientes y le prestó nuevamente atención a su revista, dándome a entender que no quería nada conmigo. Una pena... El viaje me resultaría mucho más ameno si lograba entablar amistad con ella. Lo intenté de nuevo:

—¿Le interesa la lectura...?

—¡Me interesan narices! —exclamó ella, dando rienda suelta a su furia—. ¡No sabe lo mucho que lamento verle sentado a mi lado, porque detesto a los conquistadores como usted!

—Señorita... —balbuceé, muy sorprendido.

—¡Le ruego que no vuelva a dirigirme la palabra! Si lo hace, llamaré a la azafata y le exigiré que me cambie de butaca. ¿Está claro el asunto?

Yo cabeceé, asintiendo. Ella regresó a su revista. Poco después, recibimos la orden de abrocharnos los cinturones, porque el avión iba a despegar. Minutos más tarde, hallándose ya el avión a considerable altura, nos indicaron que podíamos desabrocharnos los

cinturones. Yo lo hice rápidamente, porque quería estar a punto para echar a correr si a aquella fiera con sombrero que tenía al lado le daba por atacarme.

Con el fin de entretenerme en algo, solicité una bebida a la azafata, y ésta, amablemente, me la sirvió. La mala fortuna quiso que, cuando me acercaba el vaso a los labios, el respaldo de mi butaca se fuera inesperadamente hacia atrás, cobrando la posición casi horizontal que se utiliza para descabezar un sueño, lo cual motivó que el vaso trastabillase en mi mano y se derramase parte de la bebida sobre la revista de mi compañera de viaje.

Una fatalidad que, tal y como estaban las cosas entre ella y yo, podía costarme muy cara...

La chica me miró otra vez, desintegrándome con los ojos.

Hice una mueca, mientras trataba, inútilmente, de que mi butaca recuperara su posición primitiva. La chica accionó un mecanismo y el respaldo volvió a la normalidad, pero con tanta rapidez, que perdí el vaso y me puse la camisa hecha una pena.

Aquello pareció dejar satisfecha a la joven del sombrero, puesto que sus labios esbozaron una fugaz sonrisa. Nuevamente se desentendió de mí. Atrapó su bolso, sacó un pañuelito y se puso a secar la revista, sin darse cuenta de que se le había caído un sobre doblado.

Me apresuré a recogerlo. Me llevé una sorpresa mayúscula al darme cuenta de que la carta la remitía el abogado John Moore, desde Londres.

—Se le ha caído este sobre del bolso, señorita —carraspeé.

Ella lo cogió y se lo guardó, sin darme las gracias.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita? Le prometo que después ya no la molestaré en absoluto.

La chica me miró, pero no dijo nada.

—Se trata de algo muy importante, créame —insistí.

—Está bien, hágame esa pregunta. Pero como sea alguna tontería, se arrepentirá.

—Oh, no, le repito que el asunto es muy serio.

—Veamos.

—¿Qué parentesco tenía usted con Charles Maughan?

—¿Parentesco...? Ninguno en absoluto.

—Pero esa carta que ha guardado en su bolso...

—¿Conocía usted al señor Maughan? —me preguntó ella.

—No, ni siquiera había oído hablar de él.

—Entonces, ¿qué diablos le importa saber si Charles Maughan y yo éramos parientes?

—Sería muy largo de explicar, señorita. Pero si usted me hablase de Charles Maughan, me haría un señalado favor.

—Ya le he dicho que no nos unía ningún parentesco.

—Entonces, serían amigos.

—Tampoco. Nunca podría ser amiga de un hombre como ése.

—¿Cómo era?

—¿Se refiere a su carácter o a su físico?

—A ambas cosas.

La chica dio un suspiro.

—Cuando yo lo conocí, hará un año aproximadamente, aparentaba unos cincuenta años. Era alto, de fuerte complexión, rebosaba vitalidad por todos los poros de su cuerpo.

—Por lo que dijo antes, se desprende que no le agradaba el difunto.

—No, no me agradaba. Solamente hablé con él un par de minutos, pero fue suficiente para catalogarle como una persona insoportable. Sin embargo, ahora debo estarle agradecida. Suponiendo que lo que dice la carta no sea una tomadura de pelo, claro. En ella me notifican que Charles Maughan me nombró heredera de una parte de sus bienes: quinientas mil fibras. Pero repito que tengo mis dudas al respecto.

—¿Por qué?

—Juzgue usted mismo. Conocí a Charles Maughan en el club New Jersey. Yo trabajaba allí. Mi trabajo consistía en colgarme una bandeja de cigarrillos y pasearme por entre las mesas, bastante ligera de ropa. Ya sabe cómo son todos esos clubs... Me vi obligada a aceptar aquel empleo para poder comer, pero sepa que soy una chica decente. Jamás acepté proposición alguna de los clientes.

—No lo pongo en duda, señorita.

—El señor Maughan —prosiguió— ocupaba una de las mesas y me hizo un gesto para que me acercase a él. Cuando me aproximé a su mesa, me pidió un paquete de cigarrillos, abonándome su importe más cincuenta dólares de propina. Lo de la propina me pareció muy bien, pero lo que ya no me gustó tanto fue que Charles

Maughan intentara averiguar personalmente si mis piernas eran de carne y hueso o artificiales. Quise apartarme rápidamente de él, pero me rodeó con sus brazos y me retuvo a su lado. Me enfureció tanto que me manoseara las piernas, que le lancé la bandeja de los cigarrillos a la cabeza.

—Bien hecho, señorita —aprobé yo.

—Se originó un gran revuelo en el club. El encargado del local hizo acto de presencia inmediatamente. Le conté lo sucedido, pero no me sirvió de nada, me despidió al instante. Según él, debí soportar con la sonrisa en los labios las impertinencias de aquel distinguido cliente, por tratarse de un millonario inglés. Entonces oí por primera vez el nombre del cliente: Charles Maughan. El encargado del local lo pronunció con respeto y admiración.

Mi interlocutora suspiró hondamente.

—Bien, eso es todo. Me vestí, me largué del club y jamás volví a ver a Charles Maughan. ¿Comprende ahora por qué no estoy muy segura de que sea cierto lo del medio millón de libras? Carece de sentido.

—Sí, no se puede negar que es bastante extraño.

—Y tanto. De no haber tenido pagado el pasaje a Londres, regreso incluido, no me hubiese movido de Nueva York.

—Yo también tengo problemas por el asunto de la herencia. Tenga, lea, lea... —Indiqué, entregándole la carta que me había sido enviada por error.

—Pero ¡si es igual que la mía! —exclamó asombrada cuando la hubo leído.

—Por eso le rogué que me hablase de Charles Maughan.

—¿Por qué me dijo usted que no le conocía...?

—Porque es la verdad.

Quedó más asombrada todavía. Yo me guardé la carta, preguntando:

—¿Conoce usted a Rocky Wells?

—¿Me toma por idiota? —replicó enojada—. ¡Rocky Wells es usted!

—Oh, disculpe, debí hacerle la pregunta de distinta forma. Yo me llamo Rocky Wells, pero no soy el Rocky Wells que menciona la carta.

Por su extraño gesto comprendí que la chica no me entendía.

—Verá, existe un error. Otra persona, que tiene el mismo nombre, es la heredera del medio millón de libras. Pero yo no sé quién es, ni dónde vive. Sólo sé que yo no soy el heredero. Por eso le preguntaba.

—¿Está seguro de que existe un error?

—Completamente.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de su viaje a Londres?

—Quiero hacerles saber que se han equivocado, porque de lo contrario el otro Rocky Wells corre el riesgo de quedarse sin su medio millón de libras. Ya conoce usted la condición: hay que presentarse hoy en Londres, antes de las doce de la noche. Como mi pasaje también estaba pagado, no me causa ningún perjuicio viajar a la capital inglesa.

La chica se mordió el labio inferior, ligeramente turbada.

Aunque no lo confesó, supe que ya no le resultaba tan antipático.

—Se llama usted Dorothy, ¿no?

—Sí, Dorothy Harper.

—¿Puedo llamarla por su nombre? Es decir, si me permite seguir dirigiéndole la palabra...

El recuerdo de los sucesos anteriores debió ser la causa de que la joven se sonrojase levemente. Sonriendo tímidamente, contestó:

—Desde luego.

—Magnífico. Me alegra mucho que ya no esté tan molesta conmigo.

—Creo que le debo una disculpa, Rocky. Sé que mi comportamiento no ha sido nada correcto, pero estoy tan acostumbrada a tratar con gente sin escrúpulos, que ya no me fío ni de mi sombra.

—Es comprensible, Dorothy. Una chica tan bonita como usted debe tener muchos problemas con los hombres.

—Casi todos por causa de mi profesión. Soy cantante, ¿sabe? Pero sin suerte. Cuando alguien me ofrece una oportunidad, no es por mi voz, sino por mi figura. Ya sabe lo que quiero decir... Y como yo no permito que nadie se propase conmigo, por muy empresario que sea, las oportunidades suelen durar un día... Por eso fui a parar a un club como el New Jersey. Enseñar las piernas y vender cigarrillos me proporcionaban lo justo para mantenerme. He sufrido

privaciones, pero puedo decir con orgullo que no he caído en el fango...

—No debe entristecerse con esos recuerdos, puesto que las privaciones se han acabado para usted. En Londres le esperan quinientas mil libras, toda una fortuna, Dorothy.

—Ojalá sea cierto, Rocky.

—Ya verá como sí. ¿Tomamos una copa para celebrarlo?

—De acuerdo —sonrió ella.

El resto del viaje transcurrió casi sin que nos diéramos cuenta. Charlamos de mil cosas distintas, bromeamos, reímos... En una palabra, nos hicimos buenos amigos. ¿Verdad que parece un milagro?

Aterrizamos en Londres unos minutos después de las siete de la tarde. Hora inglesa, claro. Tomamos un taxi y le dimos al chófer la dirección que figuraba al pie del escrito que ambos poseíamos.

Resultó ser una magnífica casa situada en las afueras de Londres. Un mayordomo, correctamente uniformado, nos abrió la puerta. Le dimos nuestros nombres y le mostramos nuestras respectivas cartas.

—Tengan la amabilidad de esperar unos instantes, señores.

El mayordomo, un sujeto largo y huesudo, desapareció del vestíbulo con paso ceremonioso.

Dorothy y yo nos quedamos admirando los muebles, las figuras, las lámparas... Todo cuanto había en el espacioso vestíbulo era de una riqueza incalculable.

Al fondo del mismo, a la derecha, había una preciosa escalera de mármol que conducía a las plantas superiores.

El mayordomo regresó.

—Tengan la bondad de acompañarme. El señor Maughan les estaba esperando.

CAPÍTULO III

Nos quedamos de una pieza, mirando al mayordomo como si éste fuese un bicho raro. Instintivamente, Dorothy me cogió la mano. La suya estaba helada y temblorosa. No era para menos ¡Charles Maughan, vivo! ¿Qué clase de broma era aquélla...?

El mayordomo repitió:

—Acompañenme, por favor. El señor Maughan les está esperando.

—¡Y un cuerno! —exclamé yo.

—¿Decía, el señor? —repuso el tipo flaco, sin inmutarse lo más mínimo.

—¡Digo que no puede ser!

—¿El qué, señor?

—¡Charles Maughan está más muerto que mi abuela!

—Lamento contradecirle, señor, pero cuando dejé al señor Maughan, hace apenas un minuto, gozaba de un excelente estado de salud.

Miré a Dorothy. Estaba pálida. Seguía teniendo mi mano entre la suya, estrujándola materialmente.

—¿Tú entiendes algo, Dorothy?

—No, Rocky —murmuró débilmente—. Estoy terriblemente nerviosa.

Titubeé unos instantes, pero, finalmente, me decidí:

—Está bien, amigo, vamos a ver al muerto.

El mayordomo sonrió por primera vez, mostrando sus dientes de conejo. Me entraron unas ganas locas de partírselos de un puñetazo.

—Sígueme, señores —indicó, poniéndose en movimiento como un robot.

Siempre detrás de él, abandonamos el amplio vestíbulo, cruzamos un enorme salón, igualmente lujoso, y entramos en otro de menores dimensiones. Allí, sentado en un largo sofá, se

encontraba un cincuentón sin apenas canas, moreno, de rostro simpático y figura atlética. Al vernos, el hombre se levantó ligero como una pluma y vino a nuestro encuentro, sonriendo ampliamente.

—Bien venidos, amigos. ¿Qué tal está, señorita Harper? —preguntó, ofreciéndole la diestra a Dorothy.

La joven me soltó, se cambió de mano el bolso de viaje y estrechó maquinalmente la del distinguido cincuentón.

Éste se encaró conmigo, tendiéndome también su diestra.

—¿Qué tal el viaje, señor Wells?

Al estrechársela, descubrí extrañado que su mano tenía una fortaleza poco común, impropia, desde luego, de un hombre de su edad.

—¿Acostumbra a salir de su tumba para recibir a las visitas?

Charles Maughan se echó a reír.

—Eso ha tenido gracia, señor Wells. También ustedes creyeron que yo había muerto, ¿eh?

—Era lógico pensar eso, ¿no?

—En las cartas que les remitió mi abogado, el señor Moore, no se decía que yo hubiese muerto...

—No, es verdad. Pero lo normal es heredar las cosas de alguien que ha muerto, no de quien sigue vivo.

Charles Maughan volvió a reír.

—Sí, eso es cierto. Pero sucede que yo soy un tipo muy especial, señor Wells.

Dorothy se decidió a intervenir:

—¿Es cierto lo de la herencia, señor Maughan?

—¡Naturalmente, señorita Harper! —confirmó el millonario inglés—. Esta noche, después de la cena, les explicaré por qué he tomado la decisión de distribuir mis bienes en vida.

—Señor Maughan —carraspeé—, hay algo que quiero aclarar.

—¿Qué es ello, señor Wells?

Me parecía ridículo decirlo. Allí, ante mis narices, tenía al hombre que había decidido repartir su fortuna. Demasiado debía saber él que yo no era uno de los herederos, que no era el Rocky Wells que él conocía. Entonces, ¿por qué no hacía alusión a ello?

—¿Qué es lo que quería aclarar, señor Wells?

—Pues que yo no soy Rocky Wells.

Charles Maughan dejó de sonreír.

—¿Qué broma es ésta?

—No se trata de ninguna broma, señor Maughan. Mi nombre es Rocky Wells, pero no puedo ser el Rocky Wells heredero, puesto que yo no le conocía a usted de nada. Es evidente que existe un error.

El millonario inglés sonrió nuevamente, nos tomó del brazo a Dorothy y a mí, y nos empujó suavemente hacia el sofá.

—Siéntense los dos, por favor.

Obedecimos. Charles Maughan ocupó el butacón más próximo al sofá. Mirándome fijamente, inquirió:

—¿Recuerda la autopista Nueva York-Washington, señor Wells?

—Naturalmente. La recorro muy a menudo.

—Hará unos dos años, tuvo usted un accidente en esa autopista, a la altura del kilómetro 180.

—¡Es cierto! —Respingué—. Un coche rojo realizó un peligrosísimo adelantamiento. Tuve que dar un brusco giro al volante para que mi camión no lo aplastara como a una cucaracha. Logré evitar la colisión, aunque ello me supuso salirme de la autopista y estrellarme contra un árbol. Por fortuna, no sufrí ningún daño.

Charles Maughan sonrió irónicamente.

—¿Sabe quién conducía aquel automóvil rojo?

—No... Oiga, ¿no irá a decirme que...? —Volví a respingar.

El millonario cabeceó afirmativamente.

—Sí, señor Wells. Yo era el conductor. Por el espejo retrovisor observé cómo su camión se salía de la autopista y se estrellaba contra un árbol. Sé que debí detener mi vehículo e interesarme por usted, pero no lo hice, quería llegar cuanto antes a Nueva York. Mi prisa no me disculpa, desde luego. Soy consciente de que obré mal. Por eso, horas más tarde, telefoneé a la empresa propietaria del camión. Así supe que usted no había sufrido daño alguno. Y me enteré de su nombre... Bien, creo que ya se habrán aclarado sus dudas, señor Wells. Gracias a usted, sigo en este mundo, puesto que sin su acertada y arriesgada maniobra en la autopista Nueva York-Washington, el camión me hubiese arrollado y ahora sería pasto de los gusanos. Es justo, pues, que a la hora de repartir mi fortuna, no me haya olvidado de usted.

Yo no supe qué decir, estaba anonadado.

¡De golpe y porrazo me había convertido en el auténtico heredero de medio millón de libras! ¡Tenía el futuro asegurado!

Diablos, me costaba hacerme a la idea.

Dorothy terció en la conversación:

—Señor Maughan, también a mí me preocupa algo...

—¿El qué, señorita Harper?

—Estoy de acuerdo con usted en que la acción del señor Wells, salvándole la vida aun a riesgo de perder la suya, es merecedora de una recompensa. Pero ¿y yo? Recuerde que sólo nos hemos visto una vez y en circunstancias poco propicias para guardar un buen recuerdo el uno del otro. Teniendo en cuenta eso, resulta incomprensible que usted me haya nombrado heredera de una parte de su fortuna.

Charles Maughan exhaló un suspiro.

—Yo me equivoqué con usted, señorita Harper. Pensé que por el mero hecho de trabajar en un club nocturno, ligerita de ropa... En fin, sé que la ofendí. Además, la despidieron por mi culpa. Le pedí su nombre y dirección al encargado del local, por si en alguna ocasión podía hacer algo por usted. Pues bien, la ocasión ha llegado.

Dorothy miró al millonario con ojos agrandados.

—¿Entregarme quinientas mil libras es hacer algo por mí...? ¿Así lo llama usted...?

—La cantidad es lo de menos, señorita Harper —rió Charles Maughan—. Yo la traté mal y estoy obligado a compensarla. Y a rogarle que acepte mis disculpas por haberla tomado en aquella ocasión por lo que no era.

—No se preocupe, por mi parte ya está olvidado.

Charles Maughan se puso en pie y consultó su reloj.

—Todavía disponen de quince o veinte minutos para dejar sus cosas en sus respectivas habitaciones, puesto que la cena no se servirá hasta las ocho. Mi mayordomo les conducirá hasta ellas.

Dorothy y yo nos incorporamos también.

El millonario sacudió una artística campanilla dorada.

El mayordomo surgió en la puerta del salón como un fantasma.

—¿Llamaba, el señor?

—James, acompaña a los señores a sus habitaciones.

—Tengan la bondad de seguirme.

Seguimos al mayordomo hasta el vestíbulo y empezamos a subir los peldaños de la lujosa escalera de mármol. No nos detuvimos en la primera planta, sino en la segunda. En el corredor había cuatro puertas, bastante separadas unas de otras. El mayordomo me indicó que la mía era la tercera, y a Dorothy le señaló la cuarta.

—Les esperaré en el vestíbulo para acompañarles hasta el comedor, señores —dijo, y empezó a alejarse.

Cuando desapareció escaleras abajo, dije:

—Bien, Dorothy, esto parece que va en serio, ¿eh?

—Así es, Rocky. No obstante, sigo sin tenerlas todas conmigo. Me cuesta creer que una fortuna tan inmensa se reparta así como así.

—No seas desconfiada, mujer. Allá Charles Maughan con sus ideas, es su dinero, ¿no? Puede hacer con él lo que le venga en gana.

—En eso tienes razón.

—Bien, voy a cambiarme de camisa.

—También yo me asearé un poco.

—Nos veremos en el corredor dentro de unos minutos, ¿vale?

—De acuerdo, Rocky.

Entré en la habitación que me había sido designada, deposité mi maletín sobre la blanda cama, lo abrí y me apresuré a cambiarme de camisa. La puerta del cuarto de baño permanecía abierta. Entré en él, me pasé un par de veces el peine, eché unas gotas de agua de colonia sobre las palmas de mis manos y me las pasó por la cara. Bien, ya estaba algo más presentable.

Cuando regresé al corredor, Dorothy todavía no había salido de su habitación. Pero lo hizo casi al momento, sin aquel detestable sombrero. Gracias a ello pude descubrir que sus cabellos tenían un tono rojizo. Desde luego, sin el sombrero estaba mucho más bonita.

—¿Estás listo, Rocky?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—Bajemos, pues.

El mayordomo, como había prometido, nos esperaba en el vestíbulo, al pie de la escalera. Nos condujo al comedor. Allí había varias personas. Charles Maughan dialogaba animadamente con dos

chicas que eran dos auténticas preciosidades. La que tenía a su derecha no estaría más allá de las veinte primaveras; era rubia, de mirada provocativa. La que se encontraba a la izquierda del millonario era morena, y aparentaba unos veinticinco años.

No lejos de ellos, tres hombres conversaban entre sí, con risueñas expresiones. Un poco más allá, solitaria, se hallaba una mujer de unos treinta y dos años. No poseía las exageradas formas del par de chicas que charlaban con el millonario inglés, pero también resultaba muy atractiva. Tenía el pelo castaño.

Charles Maughan, al vernos aparecer en el comedor, se nos aproximó, muy sonriente, nos tomó del brazo y nos llevó junto a las dos chicas que habían estado dialogando con él. Rápidamente procedió a las presentaciones. La rubia se llamaba Estelle Weld, y la morena, Mary Riordan. Después nos presentó a los tres hombres, Lex Cook, Bill Cooper y Rod Kerriman. Finalmente, a la mujer solitaria, la del pelo castaño, que se llamaba Nancy Sullivan.

Tras las presentaciones, nos sentamos todos a la mesa, cada cual en el lugar que iba señalando Charles Maughan. No me pude quejar de la compañía que me correspondió. A mi derecha quedó Dorothy, y a mi izquierda Mary Riordan, la despampanante morenaza. A su lado, Lex Cook. Frente a éste, Estelle Weld, y, a continuación, Bill Cooper, Nancy Sullivan y Rod Kerriman. Entre éste y Dorothy, Charles Maughan, presidiendo la cabecera de la mesa.

La cena transcurrió plena de armonía.

Charles Maughan llevaba la voz cantante, y los demás nos limitábamos a responder a sus preguntas o a corroborar sus comentarios. Pude observar, sin embargo, que el millonario no se dirigía nunca directamente a Nancy Sullivan, lo cual no dejó de extrañarme.

Nos hallábamos tomando el café, cuando Charles Maughan dijo:

—Bien, señores, ha llegado el momento de las explicaciones. Sé que todos ustedes se están preguntando por qué he tenido la extraña ocurrencia de repartir mi fortuna en vida, y no deseo mantenerles por más tiempo en vilo. Bien, todo empezó hace unos pocos meses, cuando, cansado ya de tanto trabajo, tomé vía decisión de liquidar todos mis negocios y vivir de las rentas del capital resultante. El producto de dicha liquidación fueron cinco millones de libras. Demasiado para mí solo... Fue entonces cuando

empecé a pensar que parte de mi fortuna podía servir para recompensar a aquellas personas a las que, por una u otra razón, tuviese algo que agradecer... Tras mucho cavilar, confeccioné una lista con ocho nombres: los de ustedes. Yo me quedaría con un millón; los cuatro restantes los distribuiría entre ustedes en partes iguales, es decir, medio millón para cada uno.

Charles Maughan se tomó un breve respiro y prosiguió:

—Localizarlos a todos ustedes no era tarea fácil, pero mi abogado, el señor Moore, es un hombre muy eficiente y lo consiguió. Y ahora, sin demorarme más, quiero que sepan mi relación con cada uno de ustedes.

Estas últimas palabras del millonario no cayeron muy bien entre algunos de los comensales, según pude advertir, pero Charles Maughan siguió adelante.

Habló primeramente de Dorothy. Todo lo que dijo de ella, ya lo conocen ustedes, puesto que fue idéntico a lo que la pelirroja me contó en el avión. El millonario no omitió un solo detalle de su incidente con Dorothy: en el club New Jersey de Nueva York, lo cual motivó que mi bella compañera de viaje se ruborizase visiblemente.

Yo fui el siguiente. También conocen ustedes lo sucedido en la autopista Nueva York-Washington. Tal como ocurrió, así lo contó Charles Maughan.

—Mary Riordan —continuó el millonario—. Camarera de un importante hotel de Chicago. Solamente una vez estuve en él, pero fue suficiente para guardar un imborrable recuerdo de la señorita Riordan. Gracias a ella, mi estancia en Chicago me resultó gratísima.

No crean ustedes que Mary Riordan se sonrojó lo más mínimo, a pesar de que las palabras de Charles Maughan dejaban pocas dudas al respecto. Menuda alhaja debía ser la tal Mary...

—Lex Cook. Campeón de natación. Una verdadera flecha cuando surca las aguas. Hace poco menos de un año tuve la fortuna de encontrármelo en Miami. Y digo fortuna porque, de no ser por él, mi cuerpo se lo hubieran despachado los peces de la costa de Florida. Me encontraba nadando en aguas profundas, cuando sufrí un desvanecimiento, según supe después, producido por un corte de digestión. El señor Cook, percatándose del accidente, acudió en mi

socorro y consiguió arrastrarme hasta una lancha cercana.

Lex Cook sonrió con algo de presunción. Era rubio, de unos veintiocho años, rostro simpático. Se notaba su condición de atleta.

—Estelle Weld. Secretaria de John Moore, mi abogado. Bueno, podemos decir ya que exsecretaria, puesto que con medio millón de libras, ya no necesitará trabajar para nadie. A la señorita Weld le debo algunos favores importantes.

Aunque el millonario no dijo qué clase de favores, la rabia sonrió maliciosa. Tuve la corazonada de que se trataba de otra alhaja.

—Bill Cooper, ocupaciones varias, entre las cuales puedo destacar la de desenchajar mandíbulas. Boxeó en la categoría de los grandes pesos, pero no triunfó por falta de suerte o de dedicación. A la salida de un club nocturno, en la ciudad de Los Ángeles, tres individuos se lanzaron sobre mí, con intención de desvalijarme. Pero no lo consiguieron, porque el señor Cooper surgió de no sé dónde y se lió a mamporros con ellos, obligándoles a huir.

Escruté a Bill Cooper. Era un tipo fornido, de elevada estatura. Le calculé unos treinta y cuatro años. Su rostro acusaba las señales de algunos golpes lejanos.

Charles Maughan había iniciado sus relatos comenzando por su izquierda, es decir, por Dorothy, guardando después un orden correlativo según estábamos sentados alrededor de la mesa. Con arreglo a esto, le había llegado el turno a Nancy Sullivan, pero el millonario se la saltó sin dar ninguna explicación, lo cual nos sorprendió a todos.

—Rod Kerriman. Un gran pianista. Le conocí en una sala de fiestas de San Francisco. El señor Kerriman trabajaba en ella. Amablemente, accedió a interpretar cuantas piezas le sollicité. Guardo un grato recuerdo de aquella velada.

El pianista era un sujeto delgado, de mediana estatura, pelo negro, algo rizado. Llevaba gafas, con lentes de considerable grosor. Se le podían conceder unos cuarenta años.

Charles Maughan, pausadamente, encendió un cigarrillo.

Nuestras miradas iban de él a Nancy Sullivan, y viceversa.

Todos estábamos esperando que nos hablara de ella.

Nancy Sullivan había enrojecido perceptiblemente. Tenía la mirada baja, las manos entrelazadas, seguramente para disimular el

temblor de sus dedos.

Finalmente, Charles Maughan clavó sus ojos en ella y reveló:

—Nancy Sullivan. Mi exesposa...

CAPÍTULO IV

La revelación de Charles Maughan produjo un tremendo impacto entre nosotros.

Todos los ojos fueron hacia Nancy Sullivan.

El millonario prosiguió:

—Nuestro matrimonio no resultó, apenas duró seis meses. Estamos divorciados legalmente. Yo quise pasarle mensualmente una importante cantidad, pero ella no aceptó jamás un solo penique.

Sobrevino un silencio.

—Bien, ya saben ustedes cuanto debían —continuó El millonario—. Sólo me resta añadir que pongo una pequeña condición para entregarles ese medio millón de libras a cada uno. Bueno, más que una condición, es un ruego... —sonrió afablemente.

Charles Maughan acaparó nuevamente nuestras miradas.

—Deseo pedirles que permanezcan durante un período de treinta días en esta casa, como invitados. Lo más probable es que luego ya no volvamos a vernos. Por eso quiero que convivamos juntos durante un tiempo, para que nos conozcamos todos mejor. Les garantizo que no se aburrirán en mi casa, puesto que en ella encontrarán toda clase de comodidades y diversiones. Piscina, pista de tenis, gimnasio, sauna, mesa de billar, biblioteca, sala de audiciones musicales, bar, y muchas cosas más que ya irán ustedes descubriendo... Estos treinta días serán para ustedes como unas vacaciones pagadas. Podrán descansar y meditar sobre su futuro, decidir qué van a hacer con ese medio millón de libras que tan inesperadamente han recibido. ¿Aceptan ustedes?

Nadie puso objeciones.

—¡Magnífico! —exclamó el millonario, poniéndose en pie—. Estaba seguro de que aprobarían mi idea. Ahora, por favor, tengan la amabilidad de acompañarme. Como suponía que se presentarían

ustedes prácticamente sin equipaje, me he permitido traer algunas cosillas de unos grandes almacenes de Londres.

Charles Maughan nos llevó a una espaciosa estancia. En ella encontramos prendas de vestir de todas clases y tallas, tanto masculinas como femeninas.

—Que cada cual elija lo que más le guste. Las sirvientas lo trasladarán a sus respectivas habitaciones. Yo, con su permiso, me retiro a la mía. Tengo por costumbre levantarme temprano y, por lo tanto, debo acostarme pronto. Si necesitan alguna cosa, James, el mayordomo, les atenderá inmediatamente. Buenas noches a todos.

Charles Maughan nos dejó. Al momento aparecieron las dos sirvientas, las mismas que nos habían servido la cena; eran jóvenes y atractivas. Nosotros elegimos todo cuanto precisábamos y ellas lo llevaron a nuestras habitaciones.

Un par de horas después de que Charles Maughan se retirase a su habitación, nosotros decidimos hacer lo propio. Llegamos a la escalera de mármol y ascendimos a la primera planta. También, como la segunda, constaba de cuatro puertas. En las dos primeras no se introdujo nadie, por lo que supuse que ambas estarían destinadas al uso particular del millonario. En la tercera habitación se introdujo Estelle Weld, la rubia, y en la cuarta, Rod Kerriman, el pianista. Los demás acabamos de cruzar el corredor y seguimos ascendiendo. En la primera habitación de la segunda planta entró Lex Cook, el nadador, y en la siguiente, Mary Riordan, la morena. Dorothy y yo nos introdujimos en las nuestras, mientras Bill Cooper y Nancy Sullivan seguían escaleras arriba, hacia la tercera planta.

Al revisar las prendas que las sirvientas habían depositado en mi armario, descubrí algo que me dejó atónito: un sujetador azul. Atrapé la prenda femenina y la elevé, mirándola perplejo. ¿Qué demonios hacía «aquello» allí? Un despiste de alguna de las sirvientas, sin lugar a dudas. Con la prenda en la mano salí al corredor y llamé a la puerta de Dorothy.

—¿Sucedo algo, Rocky? —me preguntó al abrir.

—Encontré esto en mi armario, Dorothy —expliqué, mostrándole el sujetador azul—. Alguna de las sirvientas debió confundirse. Supuse que sería para ti, y vengo a entregártelo.

La pelirroja me miró, frunciendo el ceño. Después, observó la prenda durante unos segundos.

—No es de mi talla.

—Tampoco de la mía.

—Muy gracioso —dijo, bastante molesta.

—¿Qué hago yo con esto, Dorothy? —inquirí, sonriendo socarronamente, porque me divertía la situación.

—Mi sonrisa aún la enfureció más.

—¿Por qué no se lo llevas a Mary Riordan? —me replicó—. Parece de su talla.

—Está bien, iré a preguntárselo.

—Sí, hombre, corre. Hasta es posible que te permita probárselo. ¡Sois tal para cual! —exclamó, lanzándome el sujetador a la cara.

Un segundo después, me cerraba la puerta en las narices.

Yo, riendo, regresé a mi habitación.

Diez minutos después, dormía como un bendito.

Por la mañana me desperté tarde, demasiado; nada menos que a las diez y media. Brinqué de la cama, me asexé rápidamente y salí al corredor. Dejé el sujetador azul enganchado al picaporte. Alguien iba a llevarse una buena sorpresa. Pero también me la había llevado yo la noche anterior, qué demonios. Eché a andar hacia la escalera. Cuando pasaba por delante de la habitación de Mary Riordan, se abrió la puerta y apareció la camarera de Chicago.

La morenaza vestía pantalones vaqueros y una blusa muy llamativa. Ambas prendas le venían muy ceñidas, por lo que sus andares resultaban altamente insinuantes. Deseché la idea de que había elegido una talla menos por error.

—Buenos días, señor Wells.

—Buenos días, señorita Riordan.

—No se puede decir que hayamos madrugado mucho, ¿verdad?

—En efecto —sonreí—. Son casi las once.

—Bueno, estamos de vacaciones, ¿no?

—Eso también es cierto.

Conversando alegremente, llegamos abajo. Casi al momento nos encontramos con el mayordomo, quien nos condujo al comedor y nos sirvió el desayuno.

—¿Han desayunado ya todos, James? —le pregunté.

—Efectivamente, señor.

—¿Y dónde están?

—Han bajado al jardín.

—¿Desayunaron hace mucho?

—Los señores Cook y Cooper, alrededor de las ocho. Unos minutos después, la señorita Weld. Sobre las nueve, lo hicieron la señorita Harper y el señor Kerriman. Finalmente, alrededor de las diez, la señorita Sullivan. Tal y como fueron terminando, bajaron al jardín.

—¿El señor Maughan...?

—Desayunó a las siete, según su costumbre.

¡Diablos con Charles Maughan, sí que era madrugador...!

—¿Se encuentra en el jardín, con los demás?

—No, está en su despacho, tratando unos asuntos con el señor Moore, su abogado.

Tras el desayuno, James nos acompañó al jardín.

Mary Riordan y yo nos quedamos maravillados, porque el lugar no era para menos. La piscina era algo fuera de serie, y se hallaba rodeada de césped, sobre el cual descansaban varias mesas, sillas y hamacas metálicas.

Alrededor de una de las mesas estaban sentados Estelle Weld y Bill Cooper, el exboxeador. Un poco más allá, en otra, se hallaban Nancy Sullivan y Rod Kerriman. Dorothy Harper y Lex Cook estaban jugando al tenis, sobre una pista de tierra batida. Nuestra entrada en el jardín distrajo a Dorothy, lo cual aprovechó el nadador para cruzarle una volea impecable.

Mary Riordan y yo tomamos asiento junto a Nancy Sullivan y Rod Kerriman. Tras los saludos de rigor, el pianista comentó:

—No juegan mal, ¿verdad?

—Lo hacen magníficamente —convine yo, prestándoles atención a los tenistas.

Lex Cook llevaba pantalones cortos, camisa de manga corta y zapatillas, todo blanco, como un tenista profesional. Dorothy lucía unos *shorts* amarillos, exhibiendo la perfección de sus piernas.

De pronto, Mary Riordan dijo:

—Antes de que la digestión me lo impida, voy a zambullirme.

Se levantó, se desprendió de los pantalones vaqueros y de la blusa, y caminó hacia la piscina, cerca de la cual dejó sus zapatillas. Llevaba un bikini negro, exageradamente diminuto.

Carcajéense ustedes, amigos, de las más explosivas estrellas de Hollywood... Mary Riordan las dejaba a todas en mantillas. Con

movimientos capaces de frenar a una manada de bisontes en plena estampida, se aproximó al trampolín, subió a la plataforma más alta, y avanzó hasta situarse en el mismo borde. Elevó los brazos y tensó el cuerpo.

Y qué cuerno, madre mía...

Lex Cook, por querer fijarse demasiado en las increíbles formas de la bella de Chicago, se distrajo y recibió un pelotazo en los dientes que le hizo lanzar un gemido ahogado.

Mary Riordan flexionó sus portentosas piernas, tomó impulso, y se lanzó de cabeza al agua. Su zambullida fue perfecta. Segundos después emergía, braceando con gran estilo.

—Es una chica imponente —comentó Rod Kerriman.

—Sí que lo es —convino Nancy Sullivan—. Resulta comprensible que Charles Maughan no se aburriera en Chicago —añadió irónicamente.

Yo carraspeé, porque se me había secado la garganta contemplando a Mary Riordan.

—Voy a estirar un poco las piernas —dijo Rod Kerriman, levantándose.

El pianista se alejó, y Nancy Sullivan y yo quedamos solos.

—También a usted le ha impresionado la chica, ¿eh, señor Wells?

—Debo confesar que sí —admití sonriendo, porque la exesposa del millonario también lo hacía.

—Charles Maughan siempre ha tenido buen gusto para escoger sus chicas —dijo, con un brillo de rencor en la mirada.

—Eso es evidente —repose, mirándola significativamente.

—Gracias por su galantería, señor Wells, pero no lo decía por mí. No poseo un físico tan arrollador como Mary Riordan, pongamos por caso. Y Charles Maughan las prefiere como ella.

—Pero se casó con usted...

Nancy Sullivan dejó de sonreír.

—Sólo lo hizo con un fin: satisfacer su vanidad, su orgullo de hombre acostumbrado a lograr siempre cuanto se propone. Nos conocimos en una fiesta, charlamos... Charles Maughan creyó que, a causa de sus millones, yo iba a permitírselo todo, pero estaba muy equivocado. Cuando una de sus manos cometió la primera impertinencia, le crucé la cara de una bofetada. Mucha gente lo

presenció. A Charles Maughan le sentó tan mal aquello, que rápidamente pensó en devolverme la «bofetada», pero de un modo mucho más cruel y doloroso...

La exesposa del millonario hizo una pausa y prosiguió:

—Desde aquel instante empezó a mostrarse interesado por mí, pero de forma correcta y caballerosa; no volvió a propasarse conmigo. Pocas semanas después, me pedía en matrimonio, y yo cometí el error de creer que se había enamorado sinceramente de mí. Como Charles me gustaba, acepté. Mi felicidad a su lado duró poco más de un par de meses... Ese escaso período de tiempo llevábamos unidos cuando Charles Maughan empezó a desentenderse de mí, a volver a sus juergas y a sus chicas, a muchas de las cuales tuvo la osadía de traer a esta casa, cada noche una distinta... Entonces comprendí que Charles no se había casado conmigo por amor, sino por venganza. El divorcio fue la única salida...

Yo no hice comentario alguno, porque no sabía qué decir.

Nancy Sullivan me miró fijamente.

—¿No me cree usted, señor Wells?

—No tengo por qué dudar de su palabra, señorita Sullivan.

—Le juro por lo más sagrado que cuanto le he dicho es cierto.

—La creo, Nancy —le sonreí, oprimiéndole una mano cariñosamente—. ¿No le importa que la llame así?

—Por supuesto que no, Rocky —sonrió ella débilmente—. Y perdone si le he aburrido contándole mis penas.

—Por Dios, no diga eso. Su relato me ha emocionado profundamente, créame. Nancy Sullivan se apresuró a separar su mano de la mía. La razón era que Lex Cook y Dorothy Harper se aproximaban a nuestra mesa.

—¿Qué tal, Wells? —me saludó el nadador.

—De primera, Cook. ¿Cómo ha ido el partido de tenis?

—Bien, pero he perdido. La señorita Harper es superior a mí.

—Creo que el bikini de la señorita Riordan ha tenido mucho que ver en la derrota del señor Cook —intervino irónicamente Dorothy.

El nadador se echó a reír.

Poco después, él y Nancy Sullivan se aproximaron a la mesa que compartían Estelle Weld y Bill Cooper, dejándonos solos a Dorothy y a mí.

—¿Era suyo? —me preguntó la pelirroja, siguiendo con los ojos las evoluciones de Mary Riordan en la piscina.

—¿El qué? —Me hice el distraído.

—El sujetador azul.

—Oh, no lo sé. No fui a preguntárselo.

Dorothy clavó sus ojos en mí.

—¿Pretendes que te crea?

—Naturalmente, porque te estoy diciendo la verdad.

—Esta mañana os habéis levantado los dos muy tarde...

—Pura coincidencia.

—Cuando entrasteis en el jardín, ella iba colgada de tu brazo.

—Trozó con una silla y se dio un golpe en el tobillo. Se cogió de mí para no cojear.

La pelirroja me lanzó una mirada furiosa.

—Sí, ya he visto cómo «cojeaba» cuando caminaba hacia el trampolín.

—Oye, Dorothy —carraspeé suavemente—, ¿no estarás celosa...?

—¿Celosa...? ¿Celosa yo...? ¡Eres un..., un...! ¡Al cuerno! —estalló, alejándose rápidamente de mí, con el rostro encendido.

Tras el almuerzo, Charles Maughan dijo:

—Señores, tengo algo para ustedes. Esta mañana he hecho venir a mi abogado y hemos redactado los documentos que les acreditan como herederos legales de los cuatro millones de libras que decidí repartir entre ustedes. Aquí tiene cada cual el suyo. Cuando hayan transcurrido los treinta días, les entregaré a cada uno su cheque correspondiente, para que puedan hacer efectiva la suma.

Cada cual cogió su documento. Procedimos a su lectura. Como ya nos advirtiera Charles Maughan la noche anterior, la única condición para hincarle el diente al medio millón de libras era permanecer treinta días en aquella casa.

No sé por qué, pero no me cayó demasiado bien el hecho de que aquella condición se hiciese constar en el documento. Sin embargo, no comenté nada al respecto.

—Señor Maughan —dije—, quisiera telefonar a Nueva York. Me gustaría explicarle a Gary, un compañero de trabajo, por qué no voy a presentarme mañana en la empresa donde presto mis servicios.

—Oh, sí, puede hacerlo cuando quiera, señor Wells.

Por la noche, después de la cena, nos trasladamos todos al salón en el que se hallaba el bien surtido bar. Nos llevamos una buena sorpresa al encontrar un magnífico piano de cola.

—Lo hice traer en honor del señor Kerriman —explicó Charles Maughan—. ¿Le importaría probarlo, señor Kerriman?

—¡Con mucho gusto! —exclamó el pianista, sentándose en la banqueta.

Rod Kerriman demostró que entendía bastante de aquello.

Gracias a sus interpretaciones, de muy distintos estilos, la velada fue transcurriendo sin que nos diéramos cuenta.

Alrededor de las once, Charles Maughan se retiró a sus habitaciones, pero los demás permanecemos junto a Rod Kerriman.

Lex Cook, sorprendiéndonos a todos, dijo:

—Voy a ponerme el bañador y a zambullirme en la piscina. ¿Alguien quiere acompañarme en mi baño nocturno?

—Estará hablando en broma, ¿verdad? —repuso el pianista.

—Oh, no, hablo muy en serio. Tengo por costumbre nadar por lo menos una hora todas las noches. Es muy conveniente para conservar la forma.

Lex Cook no consiguió convencernos a ninguno, por lo que tuvo que conformarse con bañarse en solitario. A las doce y algunos minutos, ya estaba de vuelta. Alguien propuso que diéramos fin a la agradable tertulia y nos fuésemos a la cama, propuesta que fue aceptada por mayoría.

—Faltan la señorita Riordan y el señor Cooper —observó Nancy Sullivan—. Creo que fueron a la biblioteca.

—Iré a avisarles —dije, saliendo del salón.

Me dirigí con paso raudo a la biblioteca. Sin embargo, cuando la alcancé, no me decidí a entrar, porque lo que vi... Mary Riordan y Bill Cooper se hallaban sentados en un sofá, estrechamente abrazados, y se besaban con entusiasmo. Bill Cooper, como experto boxeador, tenía perfectamente trabada a la morena. Ella, por su parte, le daba toda clase de facilidades, demostrando que no le disgustaba el cuerpo a cuerpo.

Regresé sobre mis pasos silenciosamente, solté un carraspeo bastante exagerado, y caminé de nuevo hacia la puerta de la biblioteca. Como suponía, la camarera y el boxeador se habían

separado.

—Muchachos, nos vamos a dormir. ¿Ustedes vienen o prefieren pernoctar con Tolstoi? —inquirí con ironía.

Les pareció demasiado descarado decir que preferían quedarse, así que decidieron retirarse con nosotros.

Nos encontrábamos en la noche del viernes, en el salón en donde solíamos pasar las veladas, todas muy animadamente, por cierto. Los ocho herederos congeniábamos admirablemente, por lo que, en los pocos días que llevábamos de convivencia, no surgió ningún problema entre nosotros. Ya nos tuteábamos todos.

Charles Maughan, fiel a sus costumbres, se retiraba temprano a sus habitaciones, alrededor de las diez, pero nosotros permanecíamos un par de horas más.

También Lex Cook era metódico en sus cosas. Todas las noches, sobre las once, poco más o menos, bajaba al jardín y se zambullía en la piscina. Solía regresar alrededor de las doce.

Sin embargo, aquella noche se estaba retrasando.

—Son casi las doce y media —observó Nancy Sullivan.

—Es raro que Lex no esté de vuelta —comentó Estelle Weld, la exsecretaria del abogado de Charles Maughan.

—Cuando Lex está en el agua, no se da cuenta de que el tiempo pasa —dijo Bill Cooper, sonriendo.

—Debería haber nacido pulpo —exclamó riendo Mary Riordan.

—Alguien debería advertirle que nos vamos a la cama —sugirió Dorothy Harper, la única que de vez en cuando tenía alguna rabieta conmigo.

—Estoy de acuerdo contigo, Dorothy —asentí.

—Voy por él en un momento —se ofreció Rod Kerriman.

El pianista se ausentó.

Muy poco tiempo después irrumpía nuevamente en el salón, con el rostro desencajado:

—¡Lex Cook está muerto!

CAPÍTULO V

Las palabras de Rod Kerriman nos dejaron petrificados incapaces de pestañear siquiera. Tras unos segundos, en los que reinó el más absoluto silencio, sólo turbado por la respiración jadeante del pianista, yo balbucí:

—¿Que Lex...?

—¡Está muerto, Wells, lo he visto con mis propios ojos!

No esperé más, eché a correr como un loco en dirección al jardín y me aproximé a la piscina. Sí, era cierto; el atlético cuerpo de Lex Cook flotaba entre dos aguas, en grotesca postura.

Rod Kerriman, Bill Cooper y las chicas ya se encontraban a mi lado, mirando horrorizados hacia la piscina.

Me quité la chaqueta y los zapatos, lanzándome a continuación a la piscina. Atrapé el cuerpo sin vida de Lex Cook y lo arrastré hasta una de las escalerillas metálicas. Bill Cooper y Red Kerriman cogieron el cadáver del nadador y lo depositaron sobre el césped, mientras yo salía de la piscina, respirando entrecortadamente por el esfuerzo. Observé que el mayordomo también se encontraba ya en el jardín, con incrédula expresión.

—James, avise inmediatamente al señor Maughan —le ordené, al tiempo que cubría con mi chaqueta el pecho y la cara de Lex Cook.

El mayordomo se apresuró a obedecer. Pocos minutos después, regresaba acompañado por Charles Maughan. El millonario iba en pijama, cubriéndose con una bata muy elegante. Su rostro también acusaba el impacto de la muerte del nadador. Se arrodilló junto al cadáver, levantó un poco la chaqueta y miró durante unos instantes.

Luego volvió a cubrir la cara de Lex Cook.

—Es horrible... —murmuró quedamente, poniéndose en pie.

—Habría que avisar a la policía, señor Maughan —dije yo.

El millonario asintió con la cabeza.

Regresamos al salón. Charles Maughan telefoneó a la policía. Minutos después, el mayordomo entraba, seguido por dos hombres. Uno de ellos, moreno, de mirada inteligente y unos cuarenta años, se presentó:

—Soy el inspector Arnold. Éste es mi ayudante, el señor Harris.

Harris era un tipo alto, fuerte, y aparentaba unos treinta años.

—Charles Maughan, el propietario de la casa —repuso el millonario, estrechando la mano del inspector.

—¿Dónde está el cadáver, señor Maughan?

—Junto a la piscina.

—Acompáñenos hasta allí, por favor.

Charles Maughan llevó a los dos hombres al jardín.

No tardaron demasiado en estar de regreso.

Nos enteramos de que el inspector Arnold había dado orden de retirar el cadáver del infortunado Lex Cook. El inspector añadió:

—Bien, señor Maughan, es probable que tenga que volver por aquí para hacerles algunas preguntas.

—Estamos a su entera disposición, inspector.

El inspector Arnold y su ayudante se despidieron y salieron de la estancia acompañados por el mayordomo.

Charles Maughan dio un hondo suspiro.

—Sugiero, señores, que nos retiremos a nuestras habitaciones. Mañana, con más tranquilidad, hablaremos del accidente.

—¿Accidente...? —repliqué.

El millonario me miró, entrecerrando un ojo.

—Naturalmente, señor Wells. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Lex Cook nadaba como un delfín. Y ahogarse en una piscina...

—Son muchas las causas que pueden determinar un accidente como éste, señor Wells.

Un corte de digestión, por ejemplo. Recuerde que eso fue lo que me sucedió a mí en Florida...

—Hay que descartar esa posibilidad. Lex Cook era un profesional de la natación. Sabía perfectamente cuándo debía o no debía zambullirse en el agua.

—Bueno, tal vez se produjo algún fallo en su organismo. El corazón, quizá...

—Lex Cook estaba más sano que una manzana. Su organismo era férreo, resistente como pocos. También debemos descartar la

posibilidad de un fallo orgánico.

Charles Maughan entrecerró ahora los dos ojos.

—Señor Wells, no sé adónde quiere usted ir a parar. Si nos negamos a creer que el señor Cook sufrió un accidente, tendremos que pensar que fue asesinado. ¿Sospecha usted que Lex Cook ha sido asesinado?

La pregunta del millonario quedó flotando en el aire.

Todos me estaban mirando fijamente.

Al ver que no respondía, el millonario, suavizando el tono, añadió:

—No le dé más vueltas al asunto, señor Wells; resulta descabellado pensar que el señor Cook fue asesinado. De todos modos, el caso está en manos de la policía. Si el inspector Arnold averigua alguna cosa rara, nos lo hará saber inmediatamente. Ahora, háganme caso y retírense a sus habitaciones. El descanso nos vendrá bien a todos.

Obedecimos. En silencio, cabizbajos, nos dirigimos hacia ellas.

Charles Maughan se introdujo en la primera habitación de la primera planta. Estelle Weld y Rod Kerriman ocuparon las suyas, tercera y cuarta respectivamente. Los demás continuamos hacia arriba. Al pasar por delante de la habitación que había venido utilizando Lex Cook, nuestras miradas se clavaron en ella, pero no hubo comentarios. Nos hallábamos demasiado deprimidos para hacerlos...

Al día siguiente por la noche, encontrándonos todavía sentados alrededor de la mesa del comedor, el mayordomo anunció la visita del inspector Arnold.

—Hazlo pasar aquí, James.

Poco después, el inspector Arnold entraba en el comedor.

—Siento molestarles, señor Maughan.

—Oh, no se preocupe, inspector. James, sírvele una taza de café al inspector Arnold.

Éste se sentó a la mesa, ocupando el lugar que utilizara el malogrado Lex Cook.

—¿Alguna novedad sobre la muerte del señor Cook? —interrogó el millonario.

—Se le ha practicado la autopsia para determinar las causas de su muerte.

—¿Y bien...?

El inspector Arnold removió el café con su cucharilla, produciendo un tintineo que aumentó el nerviosismo de todos.

—Cuando el señor Cook tocó el agua, ya estaba muerto.

La revelación del inspector fue la causa de que Bill Cooper derramara su café sobre la mesa y Nancy Sullivan perdiera el cigarrillo que sostenía entre sus dedos.

El inspector Arnold nos escrutó detenidamente a todos, uno por uno, sin excluir al millonario. Después, continuó:

—El señor Cook no tenía agua en sus pulmones, lo cual descarta totalmente la posibilidad de que muriese ahogado. Por otra parte, en la zona interna de su cuello, persistían señales de fuerte presión, pero no así en la zona externa. Esto nos hace pensar que fue asfixiado por un brazo o antebrazo muy fuerte, sorprendiéndole por la espalda. Teniendo en cuenta la constitución física del señor Cook, es preciso creer que el asesino posee una fortaleza poco común.

El inspector Arnold tomó un sorbo de café.

Charles Maughan murmuró:

—Nos deja usted de piedra, inspector.

—Lo supongo, señor Maughan. Un asesinato es siempre una sorpresa; una desagradable sorpresa.

—¿Han dado con alguna pista que...?

—Ninguna, señor Maughan. Este caso nos va a resultar muy difícil de resolver. Comenzando por las personas de esta casa...

—¡Un momento, inspector! —le cortó el millonario—. ¿Cómo puede pensar usted que alguno de nosotros...?

El inspector Arnold sonrió suavemente.

—En principio, señor Maughan, un buen policía debe sospechar de todo el mundo. Luego, van quedando al margen todas aquellas personas que pueden demostrar su inocencia. Lo que nosotros llamamos coartada, ¿entiende? Y en el caso que nos ocupa, todos ustedes parecen ser inocentes... Eliminados los seres pertenecientes al sexo femenino, puesto que una mujer no pudo hacerlo, sólo nos restan cinco personas. De éstas tenemos que dejar fuera, en primer lugar, a James, el mayordomo; es un hombre de avanzada edad y está muy delgado; tampoco pudo hacerlo. Los señores Wells, Cooper y Kerriman no abandonaron en ningún momento el salón; de ello son testigos las señoritas Harper, Sullivan, Weld y Riordan. El señor

Kerriman descubrió el cadáver pasadas las doce y media. Según el informe del forense, el señor Cook fue asesinado entre las once y las doce. Esto descarta también la posibilidad de que fuera el señor Kerriman, en el momento en que fue a avisarle de que se disponían a retirarse a sus habitaciones. Aparte de que tampoco creo que el señor Kerriman posea la fortaleza suficiente para asfixiar con su brazo a un hombre de la complexión del señor Cook.

Rod Kerriman suspiró aliviado.

—En cuanto a usted, señor Maughan —continuó el inspector—, se encontraba en su habitación, durmiendo tranquilamente. James recuerda haberle visto entrar en ella.

Después, nadie le vio por aquí abajo. Cuando el mayordomo fue a avisarle, usted dormía profundamente.

—Es cierto, inspector.

El inspector Arnoldapuró su café y prosiguió:

—Quedan, pues, totalmente libres de sospecha las personas de esta casa, lo cual nos obliga a buscar al asesino fuera de ella. Tarea que entraña enorme dificultad, puesto que el señor Cook, como la mayoría de ustedes, era la primera vez que ponía los pies en suelo británico, por lo que no es probable que tuviese enemigos aquí. En fin —suspiró, poniéndose en pie—, nos esforzaremos al máximo, a ver si podemos poner en claro todo este misterio.

—Le ruego que nos tenga informados, inspector.

—Descuide, señor Maughan. Gracias por el café, y buenas noches a todos.

El inspector Arnold salió del comedor, acompañado por James.

Nosotros nos mantuvimos callados.

Charles Maughan rompió el silencio:

—Bien, tenía usted razón anoche, señor Wells.

—Desgraciadamente.

—Mañana tendré que llamar a mi abogado. Ya no son ocho los herederos, sino siete. Recordarán ustedes que, una de estas noches, el señor Cooper me preguntó qué ocurriría si alguno de los herederos decidiera abandonar esta casa antes de cumplidos los treinta días de plazo fijados por mí. Yo le respondí que, si no era por causas plenamente justificadas, perdería su derecho a recibir el medio millón de libras, el cual pasaría automáticamente a ser distribuido entre los restantes herederos. Así pues, haré que mi

abogado redacte nuevamente los documentos correspondientes, modificando las cantidades.

Aquella noche nos retiramos todos a nuestras habitaciones más pronto que de costumbre, debido a las circunstancias.

Dorothy y yo nos quedamos unos minutos en el corredor.

—Estoy muy preocupada, Rocky.

—Todos lo estamos, Dorothy.

—¿Por qué habrán asesinado a Lex Cook?

—Daría lo que fuera por saberlo, créeme.

—También yo.

Nos miramos largamente a los ojos.

—Buenas noches, Rocky.

—Buenas noches, Dorothy. Y acuérdate de cerrar con llave por dentro.

Ella se sobresaltó de forma visible.

—¿Piensas que corremos peligro...?

—Tú, más que nadie. Y te voy a decir por qué: soy sonámbulo. Sí, Dorothy, por las noches me levanto de la cama y me paseo por ahí. Como quiera que desde que nos conocimos en el aeropuerto de Nueva York, no puedo dejar de pensar en ti ni en sueños, nada tendría de extraño que a media noche me vieses entrar en tu habitación.

El temor de Dorothy se desvaneció. Sonriendo, dijo:

—Tus bromas de siempre, ¿eh, Rocky?

—Bueno, lo de que soy sonámbulo sí es una broma, pero lo otro, no —repuse, tomándola por la cintura.

—Aparta las manos o te suelto una bofetada que te dejo sordo —me advirtió, aunque no hizo nada por soltarse.

—Me gustas, Dorothy —dije, desoyendo su amenaza.

—A ti te gustan todas. La chica del aeropuerto, Mary Riordan, Estelle Weld, Nancy Sullivan, las dos sirvientas de la casa...

—Pero sólo te quiero a ti —repuse, atrayéndola hacia mí.

—No seas embustero —me sonrió con ironía.

La besé, cubriendo su sonrisa. Ella no puso objeciones, aunque debo confesar que no correspondió a la demostración amorosa.

—Estoy desilusionado, Dorothy —suspiré.

—¿Por qué? —Seguía mostrándose irónica.

—No has puesto nada de tu parte en el beso.

—Da gracias al cielo que no te he partido la espinilla de un puntapié. ¿Crees que yo me dejo besar por cualquiera?

—Pero yo te quiero, Dorothy...

—Eso ya lo has dicho antes.

—¿Sigues sin creermelo?

—Desde luego. No me fío un pelo de ti.

—Dime una cosa, Dorothy. ¿No te gusto ni siquiera un poquito?

—Tal vez.

Como aquello no suponía una negativa, intenté besarla de nuevo, pero ella interpuso una mano entre nuestras bocas, impidiéndolo.

—Con uno ya tienes bastante por hoy, Rocky.

—No seas cruel conmigo, Dorothy —supliqué, mordiéndole un dedito.

—Y tú no seas caníbal.

—Ha sido un bocadito lleno de cariño...

—Tienes más cara que un camión de mudanzas —repuso ella, librándose de mí.

Antes de que cerrara la puerta de su habitación, le pregunté:

—¿Cuándo podré volver a besarte, Dorothy?

Ella compuso un mohín malicioso.

—Eso dependerá en gran parte de cómo te comportes con las otras chicas que hay en la casa.

—No las oleré siquiera, te doy mi palabra.

—Lo dudo bastante, Rocky. Buenas noches.

Entré en mi habitación y me metí en la cama. No podía conciliar el sueño, porque algo bullía en mi mente. Recordaba perfectamente que Bill Cooper se ausentó del salón la noche en que Lex Cook fue asesinado, durante unos quince minutos. ¿Por qué Bill Cooper no se lo dijo al inspector Arnold? ¿Un olvido, tal vez? Quizá. Tampoco los demás parecían recordar que Bill Cooper dejó el salón durante unos pocos minutos, porque ninguno lo mencionó. No, yo no creía que el exboxeador fuese el asesino, aunque su enorme fuerza...

También recordé que, cuando Charles Maughan estrechó mi mano, el día de nuestra llegada a Londres, me asombré de la poderosa fuerza que poseía. Pero si descabellado resultaba sospechar de Bill Cooper, más descabellado era todavía pensar que el millonario había sido quien... No, diablos, aquello era imposible.

Mis últimos pensamientos fueron para Dorothy.

Luego, me dormí profundamente. No sé cuánto tiempo después, un leve ruido me despertó. ¡Alguien se había colado en mi habitación!

CAPÍTULO VI

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo de pies a cabeza.

Al preguntarme quién podría ser el intruso, me respondí rápidamente: ¡el asesino de Lex Cook!

¡Y ahora venía por mí!

Contuve la respiración y permanecí inmóvil, tal como estaba, acostado boca abajo, con todos los sentidos alerta.

Percibí un segundo y débil ruido, pero esta vez sonó más cerca de mí. Traté de mirar por el rabillo del ojo, y a pesar de que la habitación estaba prácticamente a oscuras, distinguí una sombra que se aproximaba cautelosamente a la cama, por el lado derecho.

¡Ya se encontraba muy cerca de mí!

¿Es que iba a permitir que me rodeara el cuello con su brazo de hierro...? ¿O que me hundiera un cuchillo entre los omoplatos? ¡No, diablos, se trataba de mi vida, tenía que defenderla con uñas y dientes!

Súbitamente, salté de la cama como impulsado por resorte, llevando por delante la almohada. Caí sobre la sombra y la derribé con estrépito. Mis manos buscaron velozmente el cuello del, asesino y se cerraron en torno a él, pero no llegaron a presionar, porque me invadió una sensación extraña al tocar con mis dedos la suave piel que protegía aquel gaznate...

—¡Rocky, por favor...! —gimió alguien, apagadamente.

Alargué un brazo y accioné el interruptor de la lámpara que descansaba sobre la mesilla de noche.

—¡Mary...! —exclamé, lleno de estupor.

—Sí, Rocky... —murmuró ella, sin color en las mejillas.

Me levanté apresuradamente, perplejo todavía. Mary Riordan, la camarera de Chicago, se cubría con un sugestivo camisón, muy corto. Sobre él llevaba una bata de vivos colores, pero a causa de la caída, se le había abierto, de modo que lo único que le tapaba algo

era el tentador camisoncito de fino tejido.

Le tendí la mano y la ayudé a levantarse.

Lo primero que hizo fue cubrirse las piernas con la bata.

—Has estado a punto de partirme el esqueleto, Rocky.

—Me has dado el mayor susto de toda mi vida, Mary —dije severamente—. ¿Cómo demonios se te ha ocurrido entrar en mi habitación sin llamar...?

La apetecible morena me miró fijamente.

—¿Por qué te lanzaste sobre mí, Rocky?

—Diablos, como esto estaba a oscuras, pensé...

—Que el individuo que asesinó a Lex Cook venía a hacer lo propio contigo, ¿verdad?

—Sí, confieso que eso fue lo que sospeché.

—Lo suponía. Ninguno lo hemos confesado, pero todos tenemos el miedo metido en el cuerpo.

—¿A qué has venido, Mary?

—No me encuentro bien, Rocky.

—Pues sí que eres exigente —piropeé, repasándola con los ojos.

—Me ha gustado eso que has dicho —sonrió la morenaza, mientras sus brazos rodeaban mi cuello.

—Mary...

No me dejó continuar. Me besó con tanto ardor, que sin darme cuenta me encontré estrujándola contra mi pecho y correspondiendo con ganas a su beso. Cuando separamos nuestras bocas un par de centímetros, ella susurró:

—Tú sí que sabes besar a una chica, Rocky.

—Tampoco tú te desenvuelves mal, preciosa.

Tras el mutuo elogio, nos besamos nuevamente.

—Creo que deberías regresar a tu habitación, Mary.

—No tengo ninguna prisa. —Es que...

—Un asesino anda suelto, Rocky. Necesito protección. Era evidente que la camarera quería quedarse. Bueno, no sería yo quien la echara.

—¿Me protegerás, Rocky?

La protegí tan bien, que al asesino, caso de que apareciera, le iba a resultar muy difícil encontrarla...

—Buenos días, Cooper.

—Hola, Wells.

Eran las siete y media de la mañana. No madrugué de muy buena gana, pero me pareció que el gimnasio era el mejor lugar para hablar con el exboxeador.

Bill Cooper se estaba ejercitando con los tensores. Sus músculos se hinchaban poderosos al ser sometidos a esfuerzo.

Me dije que el púgil retirado podría asfixiar a dos tipos como Lex Cook, uno con cada brazo.

Para empezar, me dediqué al levantamiento de pesas.

Escogí unas pequeñitas, porque no andaba muy sobrado de fuerzas aquella mañana.

—¿Has descansado bien, Cooper?

—No. La revelación del inspector Maughan...

—¿Qué opinas del asunto?

—No sé qué pensar, la verdad.

De pronto, disparé:

—¿Por qué no le dijiste al inspector Arnold que sí te ausentaste unos minutos del salón, la noche en que fue asesinado Lex?

Bill Cooper se convirtió en estatua.

Pasaron bastantes segundos antes de que soltase los tensores y caminase hacia mí.

—¿Piensas que yo maté a Lex Cook?

Tampoco yo me precipité en responder.

—No, Cooper, no creo que lo hicieras tú. Por eso me extrañó que no le hablaras de tu salida del salón al inspector.

—Tal como estaban las cosas...

—Temiste que el inspector creyera que tú asesinaste a Lex, ¿eh?

—Así hubiera sucedido, seguro. Soy un hombre fuerte. Por la forma en que asesinaron a Lex Cook, se sabe que quien lo hizo también lo es. Hasta la persona más torpe hubiera sospechado de mí.

—Sí, eso es verdad.

—Te juro que yo no lo maté, Wells.

—Estoy seguro de ello, Cooper.

—Salí del salón porque me dolía el estómago. Fui directamente al servicio. A los pocos minutos, ya estaba de nuevo en el salón. Y, por lo visto, sólo tú te diste cuenta de mi ausencia.

—Sí, creo que los demás no se percataron del hecho.

Bill Cooper se pasó la mano por el cuello.

—Si hablas con el inspector Arnold, me pondrás en un serio aprieto, Wells.

—Tranquilízate, Cooper. No pienso decirle nada.

El grandullón sonrió agradecido y me tendió la diestra.

—Gracias, Wells. Eres un buen amigo.

—No tiene importancia, Cooper —repuse, estrechándole la manaza. La mía estuvo a punto de convertirse en puré...

El lunes, noveno día de nuestra estancia en casa del millonario inglés, amaneció lluvioso, lo cual nos obligó a prescindir de las excelencias del jardín; con gran pesar, porque ya nos habíamos acostumbrado todos al baño matutino en la piscina.

Después del desayuno, Rod Kerriman y Nancy Sullivan, que se habían hecho grandes amigos, iniciaron una partida de ajedrez. Bill Cooper desafió a Charles Maughan a una partida de biliar, y el millonario aceptó con agrado. Dorothy Harper y Estelle Weld fueron a la biblioteca, a matar el tiempo con la lectura. Yo preferí quedarme junto a la mesa de billar, admirando las increíbles carambolas que lograban Cooper y Maughan. Faltaba Mary Riordan, a la que como de costumbre, debían de habersele pegado las sábanas.

—La señorita Riordan no tiene prisa en bajar —comenté.

—No es partidaria de los madrugones —sonrió Bill Cooper.

—Está de vacaciones, ¿no? —observó el millonario, riendo—. Déjenla que duerma cuanto quiera.

—Si duerme demasiado, engordará. Y eso sería una lástima —dije con ironía. Como en aquel momento vi entrar al mayordomo, lo llamé—: James, haga el favor.

—Usted dirá, señor Wells.

—¿Le importaría subir y despertar a la señorita Riordan?

—En absoluto, señor.

Dígale que la estamos esperando.

El mayordomo se alejó.

—Apuesto a que la señorita Riordan le tira un zapato a la cabeza —dijo Bill Cooper.

Charles Maughan y yo reímos sus palabras.

El mayordomo regresó en pocos minutos.

—¿Cómo le ha sentado que la despertara, James? —le pregunté.

—La señorita Riordan no contesta, señor Wells. Traté de abrir la

puerta de su habitación, pero está cerrada con llave.

Me dio un vuelco el corazón.

Bill Cooper y Charles Maughan también se pusieron serios.

—¡Subamos, rápido! —exclamé.

Los tres echamos a correr, seguidos por el mayordomo.

Efectivamente, la puerta de la habitación de Mary Riordan estaba cerrada con llave. Miré a Bill Cooper. El exboxeador, comprendiendo, cargó con su hombro izquierdo contra la puerta, la cual cedió a la segunda embestida. Accioné el interruptor de la lámpara del techo. Descubrimos a Mary Riordan, tendida sobre la cama, cubierta con uno de sus atrevidos camisones cortos. De no haber sido por su extremada palidez, hubiéramos jurado que dormía plácidamente. Pero los tres nos temimos que no era así. Charles Maughan le tomó el pulso y confirmó:

—¡Está muerta!

CAPÍTULO VII

Charles Maughan, Bill Cooper y yo no podíamos apartar los ojos del cuerpo sin vida de Mary Riordan. Tampoco el mayordomo, que observaba desde el umbral, tieso como un palo.

Cuando desvié la mirada, descubrí sobre la mesilla de noche una jeringuilla, con su correspondiente aguja hipodérmica. También una ampolla vacía.

Charley Maughan hizo ademán de cubrir el cadáver con la sábana, pero yo le detuve.

—Será mejor dejarlo todo como está, señor Maughan. Y avisar inmediatamente al inspector Arnold.

—Sí, tiene razón, señor Wells.

El inspector Arnold no se hizo demorar. Llegó acompañado de su ayudante Harris y del médico forense. Este último, tras olfatear la ampolla vacía que descansaba sobre la mesilla de noche, informó:

—Es morfina. Esta sobredosis hubiese acabado con un caballo. Observen el brazo izquierdo de la víctima. ¿Ven este puntito? Es la señal del pinchazo.

—¿Cuál es su opinión, Wilson? —le preguntó el inspector.

—Aparentemente, se trata de un suicidio. Ningún morfinómano del mundo se inyectaría una dosis tan excesiva por error o ignorancia. De cualquier modo, la autopsia nos revelará si fue la morfina lo que causó la muerte de esta joven.

—Gracias, Wilson. Puede ordenar que retiren el cadáver. Harris, guarda la jeringuilla y la ampolla en una bolsa y llévalas al laboratorio para que tomen las huellas. Diles que es urgente.

—En seguida, inspector.

Dos hombres entraron con una camilla y se llevaron el cadáver de Mary Riordan. El inspector Arnold revisó cuidadosamente la habitación, incluido el cuarto de baño.

También los efectos personales de la víctima.

—¿Busca algo concretamente, inspector? —le preguntó el millonario.

—Más ampollas de morfina, pero no aparecen por ningún lado. Un adicto a ella suele viajar siempre con tinas cuantas.

—Puede que la que utilizó la señorita Riordan fuese la última.

—Ésa no es de las corrientes, ya oyó lo que dijo el forense.

Charles Maughan guardó silencio.

El inspector Arnold recogió una llave del suelo.

—¿Es ésta la llave de la habitación?

—Sí —afirmó Charles Maughan—. Debió caerse cuando el señor Cooper embistió contra la puerta.

El inspector Arnold se cercioró. La llave entraba limpiamente en la cerradura.

—¿Hay duplicados de esta llave, señor Maughan?

—No, inspector. Cada dormitorio dispone sólo de una llave, y, por supuesto, distinta.

El inspector Arnold lanzó una última mirada a la habitación.

—Bien, ahora debo irme. Le ruego, señor Maughan, que nadie toque nada, quiero que permanezca por el momento tal como está. He de revisarlo todo nuevamente, con más calma.

Está claro que la señorita Riordan se suicidó, ¿verdad, inspector?

—No debemos precipitarnos en las conclusiones, señor Maughan.

—Pero...

—Tal vez esta noche pueda responder a su pregunta.

Por la noche, tras la cena, recibimos la visita del inspector.

Charles Maughan se apresuró a preguntar:

—¿Nos trae noticias concretas, inspector Arnold?

—Sí, ya tengo el informe del forense.

—No nos tenga en vilo, inspector.

—Bien, en primer lugar, la muerte de la señorita Riordan se produjo entre las tres y las cuatro de la madrugada. La causa fue, efectivamente, la sobredosis de morfina. Sin embargo, y esto es lo más extraño, la señorita Riordan no era adicta a la morfina ni a ningún otro tipo de droga, según demuestra el hecho de que no tuviese más señales de pinchazos en su cuerpo que la producida por la inyección que causó su muerte. Por otra parte, la señorita Riordan tenía un organismo sano, perfecto. Los adictos a las drogas,

desgraciadamente para ellos, no pueden decir lo mismo. De todos es sabido que las drogas producen estragos en el organismo de quien las ingiere.

—¿Entonces...?

—Hay que pensar en el suicidio, aunque los medios empleados son un poco complicados. Inyectarse sin tener práctica... Hubiera sido mucho más sencillo ingerir algún veneno por vía oral.

—¿Estaban sus huellas digitales en la jeringuilla?

—Sí. También en la ampolla.

—En tal caso...

—No hay más remedio que aceptar que la señorita Riordan se suicidó, por muy extraño que parezca.

—¿Algo nuevo sobre el asesinato de Lex Cook?

—Nada todavía, señor Maughan.

Tras unos comentarios sin importancia, el inspector Arnold se despidió, dejándonos a todos muy pensativos.

Charles Maughan suspiró.

—Tendré que molestar nuevamente a mi abogado. Los cuatro millones de libras deben ser distribuidos ahora en seis partes iguales.

El martes amaneció con mejor tiempo, lo cual nos permitió reanudar nuestras actividades en el jardín. Tras el baño en la piscina, sucedió un pequeño accidente: Estelle Weld pisó en mala posición y cayó de rodillas sobre el césped.

—¡Ay!

—¿Qué te sucede, Estelle? —le pregunté, porque en aquel momento era el más próximo a ella.

La rubia hizo un gesto de dolor.

—¡Creo que me he torcido el tobillo! —gimió, encogida.

—No seas pesimista, mujer —sonreí—. No será tanto, ya verás.

—¡Me duele mucho, Rocky!

La ayudé a ponerse en pie.

—¡Ay, ay, huy...!

—¿Qué te pasa?

—¡No puedo apoyar el pie en el suelo! —exclamó la rubia, saltando a la pata coja en torno a mí.

Rod Kerriman se acercó a nosotros, sonriendo.

—¿Qué nuevo baile es ése, Estelle...? —preguntó socarrón.

—¡No estoy bailando, me he lastimado un tobillo!

—Te llevaré al salón, Estelle —dije—. Unas friegas de alcohol te irán bien.

La tomé en brazos y me encaminé hacia la salida. Los demás continuaron en el jardín. Dorothy Harper y Charles Maughan, jugando al tenis; Nancy Sullivan y Bill Cooper, tumbados al sol, y Rod Kerriman, acomodado nuevamente en una silla extensible, bajo una amplia sombrilla. Todos íbamos en bañador.

Tan pronto como dejamos el jardín, Estelle se enroscó a mi cuello exageradamente.

—¿Tienes miedo de caerte...? —dije, sonriendo con ironía.

—Eres muy fuerte, Rocky. Me llevas sin ningún esfuerzo.

—Tú eres un peso mosca, Estelle.

El mayordomo nos vio entrar en el salón de menores dimensiones, el mismo en que nos recibiera Charles Maughan a Dorothy y a mí el día de nuestra llegada a Londres.

La presencia de James no influyó en el ánimo de la atrevida rubia, que continuó pegada a mí como una lapa.

—James —carraspeé—, tráiganos un poco de alcohol.

—¿*Whisky*, coñac, ginebra, ron...?

Estelle rompió a reír, divertida por el equívoco.

—No es para beber, James —sonreí—. La señorita Weld se ha lastimado un tobillo y quiero darle unas friegas.

—Perdón, señor. Ahora mismo lo traigo.

—También necesitaré una venda, James.

—Entendido, señor.

El esquelético mayordomo salió de la estancia. Yo deposité a la rubia sobre el sofá. Se cubría con un bikini rojo que era un ensueño. No por lo bonito, sino por lo pequeño.

Aquellas dos telitas podrían guardarse fácilmente en una caja de cerillas.

Ella se estiró en el sofá, con movimientos insinuantes.

A mi empezó a secárseme la garganta.

—¿Estás cómoda, Estelle? —pregunté, por decir algo.

—Sí, Rocky —me sonrió, abanicando las pestañas.

El mayordomo regresó con un frasco de alcohol y un par de vendas.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias, James.

Si me necesita para algo más, no dude en llamarme, señor.

—Así lo haré, James.

El mayordomo desapareció de nuevo.

Tomé el pie lastimado de Estelle y lo coloqué sobre mis rodillas. Estaba ligeramente hinchado.

—Quizá te haga un poco de daño, Estelle.

—Procura que no sea mucho, Rocky.

Lo procuré, pero fue inevitable. Estelle gimió, gritó, se retorció... Tras las friegas de alcohol, le vendé el tobillo cuidadosamente.

—¿Qué tal ahora, Estelle?

—He pasado un mal rato, Rocky —suspiró—, pero ya casi no me duele.

—Un trago te sentará bien. Regresaré en un par de minutos.

Me acerqué al bar, preparé dos martinis, y volví junto a la apetitosa rubia.

—¿Brindamos por algo, Estelle?

—Por nosotros.

Hicimos entrechocar nuestras copas y bebimos un sorbo.

—Háblame un poco de ti, Estelle. ¿Cómo conociste a Charles Maughan?

—Ya sabes que yo era la secretaria de John Moore, su abogado. El señor Moore me envió una tarde aquí, con unos documentos para el señor Maughan, éste me invitó a tomar una copa, charlamos, tomamos más copas... En resumen, que salí de aquí por la mañana, con el tiempo justo para presentarme en el despacho del señor Moore a la hora de todos los días.

—Un flechazo rápido, ¿eh?

—Oh, no, te equivocas. Ni yo me enamoré de Charles Maughan, ni él se enamoró de mí. Nos gustamos físicamente, eso es todo. Por eso accedí a quedarme aquella noche con él. Durante algunas semanas me invitó a venir a su casa. Lo pasamos muy bien, de veras. Luego, el señor Maughan salió de viaje y, a su regreso, ya no se acordaba de mí. No volvió a invitarme a pasar una noche en su casa.

—¿Lo sentiste?

—No mucho, la verdad. También yo estaba empezando a

cansarme de él. Charles Maughan y yo tenemos algo en común: nos gusta cambiar de aires.

—Ya.

Me miró incitante.

—¿Sabes una cosa, Rocky?

—Dime.

—Tú me gustas...

La aceituna del martini asomó entre los blancos y menudos dientes de Estelle. Ella la desplazó lentamente hacia los labios y viceversa. Aquella forma de jugar con la aceitunita me erizó la piel.

—He dicho que me gustas, Rocky...

—Sí, ya lo he oído.

—Sin embargo, tú no pareces fijarte mucho en mí —me reprochó, aproximándose como una gata.

—Oh, sí, claro que me he fijado.

—¿Me encuentras atractiva, Rocky...?

—Muchísimo.

—Demuéstramelo.

Sí, eso dijo, pero no esperó a que se lo demostrara. Se abrazó a mí y me besó. Yo le devolví el beso, claro.

Y le acaricié la desnuda espalda.

—No ha estado del todo mal, Rocky —murmuró, cuando nos separamos apenas medio palmo.

Ladeé ligeramente la cabeza, escupí la aceituna que me había pasado la rubia durante el beso, y repuse:

—Eso creo yo.

—Pero estoy segura de que podemos mejorarlo.

—¿Tú crees?

Fuimos con el segundo beso.

Inesperadamente, Estelle empezó a forcejear conmigo, como si quisiera soltarse. Su reacción fue tan extraña, que me quedé mirándola con la boca abierta de par en par.

—¡Suéltame, Rocky, por favor! ¡Atrevido, más que atrevido! ¡No se puede fiar una de ti!

—Estelle... —murmuré, desconcertado.

—¡Quítame las manos de encima!

Obedecí. Ella retrocedió, apartándose de mí.

Por el rabillo del ojo descubrí que alguien se hallaba a mis

espaldas. Giré la cabeza bruscamente.

—¡Sinvergüenza! —exclamó Dorothy, y ¡zas!, me soltó una bofetada que restalló en la estancia como un latigazo.

Un segundo después, la pelirroja salía convertida en un ciclón.

Oí la risita de Estelle, Y su irónico comentario:

—En un concurso de bofetadas, ésa se habría llevado el primer premio. No hay duda de que Dorothy tiene temperamento...

Me volví hacia la rubia, con la mejilla más caliente que un pan recién salido del horno.

—¿Por qué lo hiciste, Estelle?

—Era necesario, Rocky, compréndelo... Dorothy nos sorprendió abrazados, ocupados de lleno en el beso. Y una mujer, en ciertas ocasiones, debe guardar las apariencias...

—Oh, sí —gruñí, realmente contrariado.

La astuta rubia se acercó nuevamente a mí.

—Lo lamento, Rocky. No sabía que hubiese algo entre Dorothy y tú. —Olvídalo.

—¿Sabrás perdonarme?

La miré. Me estaba sonriendo provocativamente, como antes de que Dorothy apareciese y me soltase el leñazo. Bien, peor de lo que estaban las cosas con la pelirroja, ya no se me podían poner, así que atenacé el semidesnudo cuerpo de Estelle y repuse:

—De ti va a depender, preciosa.

La besé fervorosamente. Y no una vez, sino varias.

Cuando la solté, la rubia apenas podía respirar.

—Estás perdonada, Estelle.

—Has estado a punto de ahogarme, Rocky...

—Lo siento, pero tenía que cobrarme tu jugadita.

—Oh, no creas que me ha molestado que me besaras con tanto ardor. A una sesión como ésta me apuntaría yo todos los días.

—Lo tendré en cuenta —repuse, levantándome.

—¿Adónde vas?

—Al jardín, por mi ropa.

—¿Querrás traerme la mía? No me conviene caminar mucho con el pie lastimado.

—De acuerdo.

Bajé al jardín. Allí ya no quedaba nadie. Me vestí, atrapé la ropa de la rubia y regresé junto a ella.

Un rato después, nos reuníamos todos en el comedor.

Dorothy me miró de tal forma, que no dudé de que, si hubiésemos estado los dos solos, se me hubiera comido a dentelladas...

CAPÍTULO VIII

Por la tarde volvió el inspector Arnold, con el propósito de echar un último vistazo a la habitación de Mary Riordan. Permaneció varios minutos en ella, solo. Después, se personó en el salón donde nos encontrábamos los seis herederos y Charles Maughan.

—¿Algo nuevo, inspector? —le preguntó el millonario.

—No, señor Maughan, todo sigue igual.

El inspector se me acercó.

—¿Qué tal, señor Wells?

—Hola, inspector.

—Me gustaría hablar unos minutos con usted. ¿Puede concedérmelos?

—Desde luego.

—Vayamos al jardín.

Una vez en él, el inspector extrajo su pitillera y la abrió.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, inspector —repuse, cogiéndolo.

El inspector Arnold también se llevó uno a los labios.

—¿Me da fuego, señor Wells?

—Lo siento, inspector, pero no sé por dónde para mi encendedor.

—¿Lo ha perdido?

—Me temo que sí —sonreí.

El inspector Arnold metió la mano en su bolsillo y sacó uno.

—¿Es éste, señor Wells?

No pude reprimir un respingo.

—Sí, inspector.

El inspector Arnold lo accionó y me aproximó la llama. Encendí el cigarrillo. También él.

Me miró fijamente a los ojos.

—¿Desde cuándo lo echa de menos, señor Wells?

—Desde el mediodía de hoy. Esta misma mañana, aquí en el jardín, lo he utilizado varias veces, pero tras el almuerzo, ya no pude dar con él.

—¿Acostumbra a llevarlo siempre encima?

—Efectivamente, porque no tengo otro.

—¿Sabe dónde lo he hallado?

—Ni remota idea.

—En la habitación de Mary Riordan, junto a una de las patas de la mesilla de noche.

—¿Qué...? —Parpadeé.

—Como lleva grabadas las iniciales «R. W.», supuse al instante que sería suyo.

—Pero...

—Este hallazgo confirma mis sospechas, señor Wells.

—¿Qué sospechas? —balbuceé, muy nervioso.

—Mary Riordan no se suicidó, fue asesinada.

—¿Asesinada...? —Respingué exageradamente.

—Sí, señor Wells, asesinada. No me cabe la menor duda.

—¿Sospecha usted que yo...?

El inspector Arnold movió la cabeza en sentido negativo.

—Sé que usted no la mató, señor Wells.

—Qué alivio —suspiré hondamente.

—Ayer por la mañana, cuando revisé la habitación de la señorita Riordan, su encendedor no estaba. Alguien se lo ha quitado esta mañana y lo ha colocado allí, para que yo lo encontrara y sospechara de usted. Está claro que quieren cargarle el asesinato, señor Wells. El asesino no debe de sentirse muy tranquilo y pretende desviar mis investigaciones hacia otro punto: hacia usted.

—Qué cosa tan absurda. ¿Por qué iba yo a matar a Mary Riordan?

—Bueno, nadie de esta casa tenía, aparentemente al menos, motivos para matar a Lex Cook y a Mary Riordan.

—¿Sospecha usted que se trata de la misma persona?

—Estoy seguro, señor Wells.

—¿Por qué?

—Tiene que ser así. Una persona de fuera, extraña, no podría entrar y salir de esta casa con tanta facilidad, esfumándose como un fantasma tras cometer los asesinatos, sin ser visto por nadie.

Además, tenemos la prueba de su encendedor. Según usted, le fue sustraído poco antes del almuerzo. Esta tarde; yo me lo encuentro en la habitación de Mary Riordan. Sólo ha podido hacerlo una persona de aquí, del interior de la casa.

Le hablé al inspector Arnold del pequeño accidente sufrido por Estelle Weld, explicándole que me vi obligado a tomar en brazos a la rubia y llevarla al salón, dejando mi ropa en el jardín, y, por supuesto, mi encendedor.

—Es evidente que entonces se apropiaron de él.

—Sí, eso creo yo también.

—¿La lesión de la señorita Weld era auténtica?

—Desde luego. Tenía el tobillo hinchado y enrojecido.

—Por un momento pensé que podría estar de acuerdo con el asesino, habiéndole sacado del jardín premeditadamente.

—No creo a la señorita Weld capaz...

—En un asunto tan complicado como éste, se debe desconfiar de todo el mundo, señor Wells.

—Quizá tenga razón, inspector.

—Confidencialmente, le diré que sospecho de Bill Cooper y Charles Maughan. Son las únicas personas, descartándole a usted, que pudieron asesinar a Lex Cook. Pero, como según todos ustedes, Bill Cooper no sé ausentó del salón, mis sospechas recaen con mayor fuerza sobre Charles Maughan.

Yo tragué saliva con dificultad.

—Tengo que confesarle algo, inspector... Bill Cooper sí se ausentó del salón aquella noche, durante unos quince minutos...

El inspector Arnold arrugó el ceño.

—¿Por qué me lo han ocultado todos?

—Los demás, porque no se dieron cuenta de su ausencia. Yo, porque no creo a Bill Cooper capaz de matar ni a una mosca.

—Eso no deja de ser una apreciación suya, señor Wells. Yo tengo que remitirme a los hechos. Y si Bill Cooper salió del salón aquella noche, es tan sospechoso para mí como Charles Maughan.

—Sospechar de Charles Maughan me parece una barbaridad, inspector. Usted sabe por qué nos hizo venir a su casa.

—Sí, claro que lo sé.

—¿Y le parece lógico que el mismo hombre que tan generosamente decide repartir entre nosotros ocho cuatro millones

de libras, decida luego asesinamos uno por uno? —Admito que no. Bill Cooper, en cambio...

—¿Qué?

—A menor número de herederos, mayor cantidad a percibir...

—Me duele profundamente que diga eso, inspector. Pondría la mano en el fuego por Bill Cooper.

El inspector Arnold sonrió.

—Regresemos adentro, señor Wells. Y, por favor, no comente con nadie que sospecho de Bill Cooper y Charles Maughan. En cambio, sí puede contar lo de su encendedor. Y, aunque no es verdad, decir que yo le considero sospechoso del asesinato de Mary Riordan. Quizá con ello consigamos que el asesino se confíe y cometa algún error que nos permita descubrirle.

—Así lo haré, inspector.

Regresamos al salón. El inspector Arnold se despidió y abandonó la casa. Yo me serví una copa de coñac y me acomodé en el diván.

Charles Maughan no tardó en sentarse a mi lado, sonriente.

—¿Qué se llevan entre manos usted y el inspector, señor Wells?

—Encontró esta tarde mi encendedor en la habitación de Mary Riordan. Y como tiene la sospecha de que Mary Riordan fue asesinada, cree que pude ser yo quien le inyectase la sobredosis de morfina.

—¡Ese inspector está chiflado! —exclamó, muy sorprendido.

—Es probable que Mary Riordan fuese asesinada, pero yo no tengo nada que ver. —¡Mary Riordan se suicidó!

—El inspector Arnold no opina igual, ya se lo he dicho.

Hubo una pausa.

—Oiga, señor Wells, ¿cómo es posible que su encendedor estuviese en la habitación de Mary Riordan?

—Lo ignoro. Y me gustaría que alguien me lo explicase.

—¿No estuvo nunca en esa habitación...? —me preguntó el millonario, con segunda intención.

—Sé lo que está pensando, señor Maughan, pero se equivoca. Ayer por la mañana, cuando la encontramos muerta, fue la primera y última vez que puse los pies en la habitación de Mary Riordan.

—Puede que fuera entonces cuando se le cayó el encendedor.

—Imposible. Esta mañana lo tenía en el bolsillo.

—Pues sí que es extraño...

Están pasando muchas cosas extrañas últimamente.

Charles Maughan enarcó las cejas.

—¿Qué quiere decir, señor Wells?

—Que es probable que dentro de poco salgamos a millón por barba.

—¡Señor Wells...! Eso no ha tenido ninguna gracia.

—Olvédelo, señor Maughan. Las palabras del inspector Arnold me han puesto algo nervioso.

El millonario se puso en pie, evidentemente molesto, y salió del salón. Mis ojos buscaron a Dorothy. Se hallaba sentada en el otro diván, junto a Estelle. Charlaban animadamente, como dos buenas amigas. Seguro que la rubia me estaba tachando de atrevido y la pelirroja de sinvergüenza. Por eso se lo estaban pasando tan bien.

Bill Cooper permanecía solitario en un butacón, con una copa de licor en la mano. Parecía pensativo. Nancy Sullivan y Rod Kerriman no se encontraban en el salón. Supuse que estarían jugando al ajedrez. Me levanté y fui en su busca. Cuando entré en la sala de juego, los sorprendí con las manos entrelazadas. Estaban sentados frente a frente, con la mesa que sostenía el tablero de ajedrez entre ellos. Al verme, se soltaron rápidamente.

—¿Quién ha ganado esta vez? —pregunté, caminando hacia ellos.

—Nancy, como siempre —sonrió nerviosamente el pianista—. Juega mucho mejor que yo.

—No tanto, no tanto —dijo la exesposa del millonario.

Tomé una silla y me senté junto a ellos.

—Quiero preguntaros algo, Kerriman.

—Adelante, Wells.

—¿Recordáis quién fue el último en abandonar el jardín cata mañana?

Rod Kerriman y Nancy Sullivan cambiaron una mirada.

—Salimos casi en grupo... —dijo Nancy.

—Sí, es cierto —asintió Kerriman—. Delante iban Charles Maughan y Dorothy; a continuación, Nancy y yo. Bill Cooper venía detrás de nosotros.

—Sí, es verdad —corroboró Nancy Sullivan—. Bill iba el último, ligeramente rezagado.

Me acaricié el mentón, pensativo.

Aquello de que Bill Cooper hubiese sido el último en abandonar el jardín...

—¿Ocurre algo, Wells? —me preguntó el pianista.

—No, nada.

—Pareces preocupado, Rocky... —observó Nancy Sullivan.

—No hagáis caso, son cosas mías —repuse, sonriendo, mientras me ponía en pie.

Nancy Sullivan me miró con algo de ironía.

—¿Se llama Dorothy la causa de tu preocupación?

—¿Cómo lo sabes...? —Respingué.

—Se nota a la legua que esa muchacha te gusta. Y también que tú le gustas a ella.

—Pues Dorothy está conmigo que muerde.

—Algo le habrás hecho, Rocky —sonrió Rod Kerriman.

—Sí, creo que le he dado motivos para que se enfadase conmigo.

—Entonces, estás en la obligación de disculparte —dijo Nancy.

—Lo haré, Nancy. Aunque dudo mucho que ella admita mis disculpas.

Las admitirá, Rocky, ya lo verás.

Por la mañana me levanté temprano, dispuesto a llevar a cabo un plan que ideé la noche anterior, antes de dormirme. El objetivo del mismo no era otro que lograr que Dorothy se reconciliase conmigo.

Dejé entornada la puerta de mi habitación, con el propósito de escuchar la de Dorothy cuando se abriese. Tuve que esperar un buen rato. Por fin, percibí el característico ruido. Abrí un poco más mi puerta, muy silenciosamente, y a continuación me eché en el suelo de mi habitación, sobre la alfombra, quedando boca arriba. Empecé a emitir débiles y lastimosos gemidos.

—¡Ay...! ¡Ay...!

La pelirroja se detuvo ante mi puerta. Alarmada, sin duda, abrió de par en par.

—¡Rocky! —exclamó, llevándose una mano a la boca.

—¡Ay...! —gemí otra vez, con gesto de sufrimiento.

Dorothy entró corriendo y se arrodilló junto a mí.

—¿Qué te ocurre, Rocky...?

—Me muero...

—¡Rocky!

—Esto es el fin... Me voy...

Dorothy tomó mi cabeza y la dejó descansar en su regazo. Empezó a acariciarme las mejillas.

Qué bien me encontraba...

—¡Por Dios, Rocky! ¡Dime qué te ha sucedido!

Abrí los ojos exageradamente y los clavé en ella. Vi que las lágrimas le resbalaban ya por las mejillas.

—Pistola... Balas... ¡Pum, pum, pum...!

—¡No...!

—Sí...

—¡Avisaré inmediatamente a un doctor!

—Ya no es necesario, Dorothy... Me han dejado como un colador...

—¡Oh...!

—Quédate conmigo, Dorothy...

Fingí un acceso de tos, de moribundo. El premio fueron tres besos.

—Sí, Rocky, no me separaré de ti.

—Gracias, Dorothy... Aunque sé que me odias...

—¡Oh, no, Rocky! Yo te quiero, te quiero con locura.

—No se le debe mentir a un moribundo, Dorothy...

—Te juro que es cierto, Rocky! —exclamó, y luego me cubrió la cara de besos.

—Yo también te quiero, Dorothy...

—¿Quién te disparó, Rocky? ¡Dímelo y le sacaré los ojos!

—No le vi la cara... Me disparó por la espalda...

La pelirroja interrumpió su llanto.

No tienes manchas de sangre, Rocky...

Tuve la sensación de que algo empezaba a fallar.

Fingí un nuevo acceso de tos agónica, pero no dio resultado.

Dorothy pasó la mano por debajo de mí y me palpó la espalda.

Súbitamente, apartó las piernas y mi cabeza se estrelló contra el suelo. El coscorrón fue impresionante, a pesar de la alfombra.

—¡Ay...! —gemí, y esta vez de verdad.

—¡Bribón, sinvergüenza, bellaco!

—¡Me voy...! —exclamé, pero mi plan ya se había ido al traste.

Dorothy se incorporó de un salto. Antes de que pudiera dar un paso, le engatillé las piernas y la hice caer sobre mí. Con la punta

del zapato cerré la puerta.

—¡Suéltame, bandido!

No hice caso. Forcejeamos en el suelo. Lo mío me costó dominarla, pero finalmente lo conseguí. Le sujeté los brazos lejos de su cabeza y con mi cuerpo inmovilicé el suyo.

—¡Rufián, miserable, alimaña!

—Cuántas cosas, de buena mañana...

—¡Eres una rata, un tipo despreciable, un malhechor!

—Que por ti se muere de amor...

—¡Víbora, indeseable, malvado!

—No le digas esas cosas a tu enamorado...

Dorothy intentó nuevamente librarse de mí, pero no lo logró. Rendida por el esfuerzo, con la frente perlada de sudor, cerró los ojos con rabia y se quedó muy quieta, con la respiración jadeante.

—¿Te has tranquilizado ya, Dorothy?

—Está bien, abusa de mí si quieres, pero luego mátame, si no quieres que te mate yo a ti.

—No digas tonterías, Dorothy. Sabes bien que soy incapaz de causarte el menor daño.

—Tu actitud desmiente tus palabras. Me tienes en tu habitación, en el suelo, inmovilizada.

—Porque querías irte sin escucharme. Y hemos de hablar, Dorothy.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Sé que te has enfadado conmigo por lo de Estelle.

Ella no dijo nada.

—Fue un roce sin importancia, Dorothy.

—¡Fue una soldadura perfecta!

—No tuve la culpa, créeme. Estelle es una fresca.

—¡Mira quién habló!

—Está bien, sé que debí rechazarla, pero se mostró tan insinuante, tan provocativa, que no fui capaz de negarme a complacerla.

—¡Y pensar que prometiste no olerías siquiera...!

—Así será desde ahora, Dorothy.

—¡Vete al diablo!

—Dorothy, no discutamos más. Yo te quiero, tú me quieres...

—¿Yo a ti...? ¡Estás loco si piensas eso!

—Antes lo dijiste, lo oí perfectamente.

Ella me fulminó con la mirada.

—Suéltame, Rocky. Empieza a dolerme la espalda.

—De acuerdo. Pero recuerda siempre que tú eres la única mujer capaz de hacerme pensar en el matrimonio.

Solté sus brazos. Antes de levantarme, me incliné sobre ella y la besé en los labios. Total, por bofetada más o menos...

Pero me equivoqué, no hubo bofetada. Dorothy me cercó el cuello con sus brazos y me besó también.

—¿Esto significa que me has perdonado, Dorothy?

—Por esta vez, sí, Rocky. Pero como vuelva a pillarte acaramelado con otra, tú y yo habremos terminado definitivamente.

—No volverá a ocurrir, te doy mi palabra.

Además de mi palabra, le di otros dos besos.

Me disponía a darle el cuarto beso de la mañana, cuando llamaron a la puerta.

—Señor Wells...

Era la voz de Charles Maughan.

Dorothy y yo nos miramos, extrañados.

Se repitieron los golpes.

—Señor Wells...

Nos pusimos rápidamente en pie. Le hice una indicación a Dorothy para que se ocultara en el cuarto de baño, mientras le susurraba:

—No quiero que te vean en mi habitación, Dorothy. Cuando yo salga, esperas unos minutos y luego lo haces tú. Nos veremos abajo.

Dorothy asintió con la cabeza y se introdujo en el cuarto de baño. Yo me acerqué a la puerta y abrí.

—Buenos días, señor Maughan.

—Gracias a Dios. Su silencio empezaba a preocuparme.

—Disculpe, me encontraba en el cuarto de baño. ¿Sucedó algo?

—Me temo que sí, señor Wells. Bill Cooper, el más madrugador de todos ustedes, no ha bajado todavía a desayunar. ¿No le parece extraño?

—Muchísimo. Subamos a ver qué ocurre.

Charles Maughan y yo ascendimos a la tercera planta.

—¿Cuál es la habitación de Bill Cooper?

—La segunda —me indicó el millonario.

Llamamos un par de veces, pero el exboxeador no respondió. Como la puerta estaba cerrada con llave. Charles Maughan y yo cargamos contra ella. Entramos en la habitación y encendimos la lámpara del techo. Vimos a Bill Cooper cruzado sobre la cama, boca arriba. Estaba vestido, pero muy pálido y completamente rígido. No necesitamos tocarlo para saber que estaba muerto. Sobre la cama había un vaso tirado, y se veían algunas manchas. Descubrimos una nota sobre la mesilla de noche. Estaba escrita a mano y decía escuetamente:

«Yo maté a Lex Cook y a Mary Riordan. Bill Cooper».

CAPÍTULO IX

Charles Maughan, el inspector Arnold, su ayudante y el forense, se encontraban en la habitación de Bill Cooper. Dorothy, Estelle, Nancy, Kerriman y yo aguardábamos en el salón, sin poder disimular nuestro nerviosismo. Era la tercera muerte, no natural, que se producía en aquella casa, todas en menos de una semana.

—Nunca sospeché que fuera Bill Cooper —comentó Kerriman.

—Tampoco yo —dijo Nancy Sullivan.

—Ha sido una desagradable sorpresa —añadió Estelle Weld.

Dorothy no hizo ningún comentario. Tampoco yo. Un buen rato después, Charles Maughan y el inspector Arnold se reunían con nosotros.

—Asunto concluido —suspiró el millonario—. Ya no habrá más temores ni zozobras en esta casa.

—¿Es así, inspector? —pregunté.

—Sí, señor Wells. La nota dejada por Bill Cooper pone punto final al asunto. En ella se declara autor de los asesinatos de Lex Cook y Mary Riordan. Tras escribirla, se quitó la vida tomándose un veneno en el *whisky*. No hay dudas al respecto. Sin embargo, comprobaremos la escritura de Bill Cooper, para asegurarnos de que la nota la escribió efectivamente él. Con tal fin me llevo algunas anotaciones hechas por Bill Cooper.

—Usted siempre tan desconfiado, inspector —sonrió Maughan.

—No, en esta ocasión todo parece estar muy claro, señor Maughan.

—Clarísimo, inspector.

—Bien, les dejo, señor Maughan.

—Adiós, inspector.

—¿Le importaría acompañarme, señor Wells?

—Con mucho gusto, inspector —accedí.

Cuando llegamos al vestíbulo, el inspector Arnold se detuvo.

Después de asegurarse de que nadie andaba cerca, me preguntó en voz baja:

—¿Cuál es su opinión, señor Wells?

—Debo reconocer que me equivoqué al juzgar a Bill Cooper, inspector. No le creía capaz de causar daño a nadie, y sin embargo...

—¿De veras piensa usted que Bill Cooper fue el autor de esos dos asesinatos?

—Me duele admitirlo, pero si él mismo se declaró culpable antes de suicidarse...

—Bill Cooper no se suicidó.

—¡Inspector...! —exclamé apagadamente, lleno de asombro.

—Alguien le echó el veneno en la botella de *whisky* que tenía sobre la mesilla de noche. —Pero la nota...

—No la escribió él, estoy seguro. Le apuesto lo que quiera a que nuestro grafólogo me lo confirmará.

—La puerta estaba cerrada con llave desde el interior...

—También lo estaba la de Mary Riordan. Teniendo en cuenta este detalle, ¿cómo pudo matarla Bill Cooper?

—¡Cielos, eso es verdad! —Respingué.

—¿Sabe lo que creo, señor Wells? Que ni la llave de la habitación de Mary Riordan, ni la de la habitación de Bill Cooper, se cayeron al suelo al embestir contra sus respectivas puertas. Ya estaban en el suelo, en el lugar donde las dejó el asesino después de haber cometido los crímenes. Para simular suicidio, era muy conveniente que las puertas se encontrasen cerradas con llave desde el interior.

—¿Cómo pudo el asesino cerrarlas por fuera?

—Con una copia exacta de cada llave.

—Me ha dejado usted perplejo, inspector. Y pensar que había llegado a creer que el pobre Bill...

—Olvidelo.

—Usted tenía dos sospechosos, inspector: Charles Maughan y Bill Cooper.

—Efectivamente.

—Si Bill Cooper también ha sido asesinado...

—Charles Maughan es ahora el máximo sospechoso, aunque siga sin ver por ningún lado qué motivos podía tener para matar a Lex

Cook, Mary Riordan y Bill Cooper. En fin, ya veremos cómo queda todo esto... Mis hombres vigilarán esta casa día y noche. Desgraciada mente, desde fuera. Si pudieran hacerlo desde dentro... Le ruego que mantenga los ojos bien abiertos, señor Wells.

—Descuide, inspector.

Nos estrechamos las manos y el inspector Arnold abandonó la casa.

Llegamos al sábado, decimocuarto día de permanencia en la casa de Charles Maughan. Como lucía un sol espléndido, nos encontrábamos en el jardín. El millonario y Dorothy, disputando un partido de tenis; Nancy y Kerriman, nadando en la piscina; Estelle, estirada en una hamaca, a la sombra. Yo me hallaba tumbado sobre el césped, siguiendo con interés el enfrentamiento tenístico, mientras los rayos del sol bronceaban mi espalda. Tenía un cigarrillo entre los dedos.

—¿Qué tal, Rocky?

Ladeé la cabeza y descubrí junto a mí a la rubia Estelle. Como llevaba puesto uno de sus clásicos bikinis, estaba apetecible desde la cabeza a los pies.

—Hola, Estelle —carraspeé—. ¿Dispuesta a tostar un poco?

—Sí, ya me he cansado de estar a la sombra —dijo, tumbándose a mi lado, de espaldas al sol. Se apoyó con los antebrazos.

A mí se me atragantó el humo, porque la posición de Estelle resultaba de un provocativo subido. La diminuta telita superior no podía con todo aquello.

—¿Me das un cigarrillo, Rocky?

—Sí, claro —se lo ofrecí.

—¿Fuego...? —me sonrió atrevidamente, tragando mucho aire.

Estuve a punto de llamar a los bomberos, porque el desbordamiento se veía venir, pero me limité a accionar mi encendedor.

Estelle encendió su cigarrillo y me echó el humo a la cara, lentamente, recreándose en la acción.

—Te has levantado juguetona esta mañana, ¿eh?

La seductora rubia soltó una risita.

—¿Has hecho las paces con Dorothy?

—Sí. Lo del otro día ya está olvidado.

—Yo no he podido olvidarlo, Rocky...

Ya empezábamos otra vez. Como no quería nuevos problemas con Dorothy, intenté desviar la conversación.

—¿Cómo va tu pie, Estelle?

—Casi bien. Pero una nueva sesión de friegas no me vendría mal.

—Ya no son necesarias.

—Lo que pasa es que no quieres dárme las.

—Aunque quisiera, Dorothy no me lo permitiría.

—No tiene por qué enterarse.

—Se enteraría, seguro.

—En mi habitación, cuando nos hayamos retirado todos...

—No me esperes, Estelle.

—Piénsatelo bien, Rocky.

—Lo tengo decidido, Estelle: no hay friegas nocturnas.

Ella emitió otra risita. Se puso en pie y me miró.

—Te estaré esperando, Rocky. No seas tonto y acude —añadió, caminando hacia la piscina, moviéndose con el mejor de los estilos.

La seguí con los ojos hasta que se zambulló.

Después, me hice esta pregunta: «¿Acudirás o no acudirás, Rocky?».

Y volví a hacérmela muchas veces durante el resto del día.

Por la noche, hallándome ya en mi habitación, decidí demostrarme a mí mismo que tenía fuerza de voluntad, es decir, no acudir a la habitación de Estelle. Dorothy se merecía un sacrificio como aquél.

Me disponía a desnudarme, para meterme en la cama, cuando un grito espeluznante, desgarrador, emitido por una garganta femenina, me heló la sangre en las venas. Procedía de la planta inferior. Y, en la planta inferior, sólo había una mujer: Estelle Weld.

Corrí hacia la puerta, salí precipitadamente y me dirigí como una exhalación hacia la habitación de la rubia. La puerta no estaba cerrada con llave. Entré. La del cuarto de baño se hallaba entornada. La empujé con la mano. Descubrí a Estelle, caída en el interior de la bañera, sin vida. El agua de la ducha seguía cayendo sobre su cuerpo desnudo...

Como un autómat, alargué la mano hacia la llave de la ducha.

—¡No la toque! —me gritó alguien, cogiéndome el brazo.

Era Charles Maughan. Junto a él se encontraban Rod Kerriman,

Nancy Sullivan, Dorothy y James, todos en ropa de dormir, cubiertos con sendas batas. Sus expresiones eran idénticas: de horror.

—No debe tocar esa llave, señor Wells —añadió el millonario—. Es evidente que la señorita Weld ha sido víctima de una descarga eléctrica. Olvidó desconectar el calentador...

Efectivamente, el calentador estaba conectado.

—James, traiga algo para cubrir el cuerpo de la señorita Weld —indicó Charles Maughan.

El mayordomo se aproximó a la cama y atrapó la colcha, entregándosela a Charles Maughan. Éste la colocó sobre el cuerpo sin vida de Estelle...

Minutos después, el inspector Arnold llegaba acompañado de su ayudante Harris, del médico forense y de un técnico electricista. El forense confirmó que Estelle Weld había sido víctima de una descarga eléctrica. El técnico revisó cuidadosamente el calentador, bajo la atenta mirada del inspector Arnold. El cuerpo de Estelle fue retirado por los camilleros. El forense y el técnico electricista, finalizada su labor, salieron de la habitación.

El inspector Arnold se encaró con el millonario:

—Bien, todo parece indicar que la señorita Weld ha sido víctima de un desgraciado accidente. Olvidó desconectar el calentador. Olvido que es muy frecuente, y que en la mayoría de las ocasiones no trae consecuencias. Lamentablemente, en ésta sí las trajo.

—Estamos todos consternados, inspector.

—Lo supongo, señor Maughan.

El inspector Arnold y su ayudante abandonaron la casa.

Por la mañana, en el comedor, ya sólo éramos cuatro para desayunar. La mitad que en un principio. La tristeza era absoluta, no podíamos dejar de pensar en el infortunado accidente sufrido por Estelle Weld. Los cuatro guardábamos silencio.

La campanilla del teléfono se puso a sonar.

El mayordomo atendió la llamada.

—Es para usted, señor Wells. Conferencia de Nueva York.

—Gracias, James. Debe de ser mi amigo Gary —dije, levantándome.

Atrapé el auricular y me lo llevé al oído.

—Rocky Wells al habla. ¿Eres tú, Gary...?

—Simule hablar con ese tal Gary, señor Wells. Soy el inspector Arnold. Lo de la conferencia ha sido un truco para poder hablar con usted sin ir ahí.

Me esforcé por no evidenciar la sorpresa que acababa de llevarme, e inicié la farsa:

—¿Qué tal, Gary? ¿Cómo estás, muchacho...?

—Estelle Weld también fue asesinada, señor Wells. El calentador había sido preparado para que se produjera la descarga eléctrica. El informe del técnico no deja lugar a dudas.

A pesar del tremendo impacto que las palabras del inspector Arnold produjeron en mí, seguí disimulando.

—Un par de semanas todavía, Gary...

—Hemos comprobado también que Bill Cooper no escribió la nota que encontramos en su habitación.

—Te lo dije la otra vez y te lo repito ahora: lo de la herencia va en serio, por eso continúo aquí, Gary.

—Bien, señor Wells, sólo me resta añadir que sigo pensando que Charles Maughan es el autor de los cuatro asesinatos. Y ahora, con más firmeza que antes. Desde que asesinaron a Bill Cooper, mis hombres vigilan los alrededores de la casa día y noche, sin que hayan visto entrar a nadie en ella, lo cual confirma mi teoría de que el asesino duerme en esa casa. No pierda de vista al millonario, señor Wells. Tiene que ser él.

—Te lo explicaré con detalle cuando regrese a Nueva York, Gary.

—Adiós, señor Wells.

—Adiós, Gary. Y créeme, no estoy loco, lo de la herencia es cierto. Un abrazo, muchacho.

Colgué el auricular y regresé a la mesa.

Estábamos terminando de cenar, cuando dije al mayordomo:

—James, le agradecería que subiese una botella de *whisky* a mi habitación.

—Ahora mismo, señor Wells.

Más tarde, cuando entré en ella, descubrí la botella sobre la mesilla de noche. La desprecinté y extraje el corcho. Comencé a ensayar mi plan. Lo primero era obtener un cabello, así que me di un tirón. Mascullé un juramento, porque no me arranqué uno, sino

media docena, con el consiguiente escozor en el cuero cabelludo. Elegí el más apropiado y lo introduje a medias en la embocadura de la botella. Luego coloqué el corcho, aprisionando el cabello. Cuando extraje nuevamente el corcho, comprobé con satisfacción que el cabello salía con él, cayendo sobre el cristal de la mesilla de noche.

Repetí la operación casi una docena de veces, hasta convencerme de que siempre sucedía lo mismo: cuando sacaba el corcho, caía el cabello. Perfecto. Ahora sólo faltaba que el asesino se decidiera a aprovechar las facilidades que yo le brindaba. Derramé un poco de *whisky* en el lavabo y luego dejé la trampa preparada.

Desde aquella noche, cada vez que regresaba a mi habitación revisaba la botella, encontrando siempre el cabello aprisionado entre la embocadura y el corcho. Yo, cada noche, derramaba un poco de *whisky* en el lavabo, para simular que me atizaba un trago. Empezaba a desesperarme, porque el asesino no se decidía a aprovechar las facilidades que le daba. Pero llegó la noche del jueves, decimonoveno día de nuestra estancia en la casa. Cuando entré en mi habitación y me fijé en la botella, descubrí que el cabello no estaba. Lo encontré caído sobre el cristal de la mesilla de noche.

Bien, estaba claro que alguien había destapado la botella durante mi ausencia. Y no para echarse un trago, precisamente...

Atrapé la botella y la oculté en el armario, porque era una prueba importante. De él saqué otra idéntica, que guardaba allí desde que la birlé en el bar de abajo. La desprecinté, extraje el corcho y vacié aproximadamente la mitad del *whisky* en el lavabo, con el fin de que quedase una cantidad similar a la que contenía la otra.

Con ella en la mano salí al corredor y descendí a la primera planta. Me detuve ante la habitación de Charles Maughan, golpeando suavemente con los nudillos sobre la hoja de madera. Como el millonario no abría, repetí los golpes, con algo más de intensidad. Segundos después, la puerta se entreabría lo justo para que Charles Maughan asomase la cabeza. Se sorprendió bastante al verme.

—¿Ocurre algo, señor Wells?

—No se alarme, señor Maughan, que no pasa nada.

—¿Entonces...?

Le ofrecí la botella, sonriendo.

—Hoy cumpla veintisiete años, señor Maughan. Como usted es un buen amigo mío, he venido a invitarle a un trago.

—Se lo agradezco mucho, señor Wells, pero no me apetece beber *whisky* ahora.

—¿Ni siquiera un sorbo...? —insistí, mirándole a los ojos.

—No, gracias.

—Hágalo por mí, señor Maughan. Será una bonita prueba de amistad.

—¿No lo es entregarle un millón de libras...? —me sonrió.

—¡Oh, sí!, ya lo creo que lo es.

—Buenas noches, señor Wells.

—Señor Maughan...

El millonario frunció el ceño, visiblemente molesto.

—¿Qué le pasa ahora?

—Un sorbito chiquitito, se lo ruego. Veintisiete años solo se cumplen una vez en la vida...

Charles Maughan dio un hondo suspiro.

—Está bien, venga ese trago —dijo, saliendo al corredor.

A pesar de que cerró la puerta rápidamente, no pudo evitar que yo descubriera un par de piernas femeninas de verdadera locura. Sobre su cama, claro. Y pertenecientes a una rubia que lo tenía todo a consonancia con las piernas. No pude verle la cara, por fijarme en lo demás.

Por mi gesto, el millonario debió suponer que le había visto algo a su compañera de cama, pero no hizo ningún comentario al respecto. Tomó la botella e ingirió un largo trago de *whisky*.

—Feliz cumpleaños, señor Wells.

—Gracias, señor Maughan.

Como el millonario no hacía ademán de regresar a su habitación, tuve que ser yo el primero en mover las piernas, alejándome de él, con lo cual se me esfumó la posibilidad de ver nuevamente a la exuberante rubia que tan secretamente guardaba Charles Maughan.

El millonario entró de nuevo en su habitación.

Yo me quedé parado en el corredor, totalmente desconcertado. Al acceder a beber de mi botella, Charles Maughan echaba por

tierra todas las sospechas que el inspector Arnold tenía sobre él.

Y si el millonario no había envenenado mi *whisky*, ¿quién habría sido? ¿James, el mayordomo...? ¿Nancy Sullivan...? ¿Rod Kerriman...? ¿Dorothy...? No, por Dios, qué disparate. ¿Cómo iba Dorothy a...? Ni hablar. También me costaba bastante dudar de la exesposa de Maughan y del pianista. Sin embargo, tomé la decisión de ofrecerles un trago de mi *whisky* a todos, uno por uno, mayordomo incluido. Y como alguno se negase a beber...

Para empezar, llamé a la puerta de Rod Kerriman. Me abrió casi al momento.

—Hola, Kerriman —le sonreí.

—Caramba, Wells, ¿qué te trae por aquí?

—Hoy cumplo veintisiete años, ¿sabes?

—¡Hombre, vaya sorpresa! Quién los pillara, muchacho...

—¿Qué te parece si lo celebramos? —sugerí, mostrándole la botella.

—Es una buena idea. Pasa y echaremos un trago.

Entré en su habitación, convencido ya de que el pianista era inocente.

—Espera, traeré un vaso —me dijo, cuando ya tenía la botella en sus manos.

Desapareció con ella en el cuarto de baño.

Al instante, se oyó un estrépito de vidrios rotos.

Rod Kerriman salió del cuarto de baño con expresión compungida.

—Cuánto lo siento, Wells. Se me resbaló la botella de las manos, chocó contra la bañera y se hizo pedazos...

Lo escruté con detenimiento, sin decir nada.

—Tendremos que celebrarlo mañana...

—Sí, mañana lo celebraremos, Kerriman.

—Repito que lo siento, Wells.

—No tiene importancia. Buenas noches, Kerriman.

—Buenas noches, Wells.

Salí de la habitación del pianista y éste cerró la puerta.

Apoyé la espalda contra la pared del corredor, cerré los ojos y apreté los puños con fuerza.

De modo que el asesino era... ¡Rod Kerriman!

CAPÍTULO X

Permanecí así durante bastantes minutos, tratando de asimilar aquello. ¡Rod Kerriman, el asesino! Tenía que serlo, no podía admitir que se le hubiese caído la botella de las manos. La había dejado caer intencionadamente, seguro. Sabía que de no destruirla...

Sí, Rod Kerriman pudo preparar el calentador del cuarto de baño de Estelle Weld, para que se produjese la descarga eléctrica cuando la rubia utilizase el agua caliente sin desconectarlo antes. Pudo echar el veneno en el *whisky* de Bill Cooper. Y, finalmente, pudo también inyectarle a Mary Riordan la sobredosis de morfina.

Lo de Lex Cook, ya resultaba más difícil de explicar. Según el informe del forense, el nadador murió entre las once y las doce, y Rod Kerriman bajó al jardín alrededor de las doce y media. Bueno, la diferencia tampoco era demasiada, el forense pudo errar ligeramente... Pero ¿cómo pudo Rod Kerriman asfixiar con su brazo a un hombre joven, fuerte y atlético como Lex Cook? A no ser que lo pillara cansado, debido a su exceso de ejercicio aquella noche, casi hora y media... Sí, pudo perfectamente suceder de este modo.

En cuanto a los motivos para asesinar, no podían ser otros que la herencia. No tenía suficiente con el medio millón de libras que le correspondían en un principio. Ni siquiera con el millón que le correspondía ahora, muertos Lex, Mary, Bill y Estelle. Había tratado de eliminarme a mí, ¿no? ¿También estaría dispuesto a eliminar a Dorothy y a Nancy? Tal vez a esta última no, porque la exesposa de Maughan parecía gustarle bastante. Además, resultaría demasiado sospechoso que, de ocho herederos, muriesen todos menos él...

Bien, le iba a resultar difícil eliminar a nadie más, de eso me encargaría yo. Le vigilaría constantemente, de día y de noche, hasta sorprenderlo con las manos en la masa.

Ascendí a la segunda planta y me oculté agazapado tras las

pequeñas columnas de mármol que sostenían el barandal de la escalera que conducía a la tercera planta. Desde allí podría vigilar el corredor de la segunda planta, sin peligro de ser descubierto, dada la penumbra que envolvía al mismo. Si Rod Kerriman se decidía a actuar de nuevo, necesariamente tendría que pasar por él. Entonces...

A duras penas conseguí averiguar la hora que marcaba mi reloj: pasaban unos minutos de las doce y media.

Unas tres horas después, vi surgir una sombra a lo lejos, donde comenzaba el corredor. Avanzó silenciosamente, pegada materialmente a la pared. Era un hombre, sin lugar a dudas. Vestía completamente de negro, ropas muy ceñidas. Una máscara le cubría totalmente el rostro. Del cinturón le pendía una funda, con su correspondiente pistola automática. El tipo se detuvo ante la tercera puerta: la mía. Entonces aprecié mejor su constitución física. No podía ser Rod Kerriman. El tipo de negro era más alto y mucho más fuerte. Su mano se cerró sobre el picaporte, haciéndolo girar cautelosamente. Muy sigilosamente también, abrió la puerta y se coló en mi habitación, cerrando después.

Mi cabeza echaba humo. Si no era Rod Kerriman, ¿quién podía ser? Volví a pensar en Charles Maughan, a pesar de lo del *whisky*, porque la complexión física del individuo vestido de negro me recordaba mucho a la suya.

Fuera quien fuese, yo debía empezar a actuar rápidamente, porque el misterioso sujeto, al no encontrarme en mi habitación, trataría de escabullirse inmediatamente.

Abandoné mi escondite y me situé cerca de la puerta de mi habitación, pegado a la pared, con los brazos elevados y las manos entrelazadas.

No tuve que esperar mucho. El picaporte empezó a moverse lentamente. Contuve la respiración. La puerta se abrió y el individuo de la careta asomó la cabeza. Descargué las manos sobre la nuca del tipo, con tremenda fuerza. El fulano emitió un sordo gruñido y cayó de bruces sobre el suelo del corredor, pero no se quedó inmóvil, dio un par de vueltas sobre sí mismo y luego recuperó la vertical de un salto.

Me quedé asombrado de la resistencia del sujeto. El mazazo que acababa de soltarle hubiese desnucado a un toro, pero él se

incorporó tan fresco. Debía tener un cuello de acero.

El individuo se lanzó de cabeza contra mí y ambos nos fuimos al suelo. Rodamos por él, sin dejar de golpearnos, aunque debo confesar que yo me llevé la peor parte. No obstante, tuve la fortuna de colocarle un buen puñetazo en la mandíbula, hallándome sobre él. Su cabeza chocó violentamente contra el suelo y ya no se movió.

Yo continué sobre el tipo de negro, resoplando. Entonces se abrió una puerta y el corredor se iluminó. Giré la cabeza. Descubrí a Dorothy, en el umbral de su habitación.

Aquellos pocos segundos en que me desentendí del sujeto de la máscara los pagué muy caros. Todavía me encontraba mirando a la pelirroja, cuando recibí un durísimo golpe en la sien derecha que me lanzó hacia atrás, medio aturdido. El individuo saltó como una pantera sobre mí y sus manos cercaron mi cuello. Luché desesperadamente por librarme de aquel par de garras de hierro, pero no pude; el tipo era más fuerte que yo. Empezó a faltarme el aire, a nublárseme la vista, a fallarme la fuerza de los brazos...

Pensé que aquello era el fin, que me quedaban escasos segundos de vida. De pronto, ocurrió algo inexplicable. El individuo aflojó la presión de sus poderosas manos, cayó a mi lado y allí se quedó, como una cosa muerta.

Entonces comprendí lo que había sucedido, porque vi delante de mí a Dorothy, con una figura de bronce en las manos.

—¡Rocky! —exclamó, arrodillándose junto a mí, muy asustada.

—Tranquilízate, Dorothy, estoy bien —repuse, quedando sentado en el suelo.

Ella se abrazó a mí.

Alguien encendió las luces de los corredores. Oímos voces y pasos precipitados. Dorothy y yo nos pusimos en pie. Vimos aparecer a Rod Kerriman, a James, al inspector Arnold, a su ayudante Harris, a Charles Maughan, a Nancy Sullivan...

—¿Se encuentra bien, señor Wells? —me preguntó el inspector Arnold.

—Sí, inspector. Me duelen algunos huesos, pero nada más.

Harris sacó unas esposas y se las colocó al tipo de negro.

—¿Quién será este individuo, inspector...? —preguntó Charles Maughan.

—En seguida lo vamos a saber, señor Maughan. Pero puedo

anticiparle que se trata del asesino de Lex Cook, Mary Riordan, Bill Cooper y Estelle Weld.

—¿Qué...? —Respingó exageradamente el millonario.

—Sí, señor Maughan; nada de accidentes ni suicidios. Los cuatro fueron asesinados. Y bien, veámosle la cara al asesino.

El inspector Arnold le arrancó la máscara al individuo.

Charles Maughan y Nancy Sullivan lanzaron sendas exclamaciones de asombro. Los demás, no, porque el tipo nos resultaba totalmente desconocido.

—¡John Moore...! —exclamó quedamente Nancy Sullivan.

—¡Mi abogado...! —balbució el millonario, lleno de estupor—. ¿Cómo ha podido...?

—Cuando recobre el sentido nos lo dirá, señor Maughan. Díganos, señor Wells, ¿cómo fue que se tropezó con este hombre?

Explicué la trampa que le tendí al asesino con la botella de *whisky*. Y lo que hice después con ella, para tratar de descubrirle. Confesé que me había equivocado, al sospechar de Rod Kerriman.

—De todos modos, su idea fue genial —elogió el inspector.

—Y ustedes, inspector, ¿cómo han aparecido tan pronto?

—Ya le dije, señor Wells, que mis hombres vigilaban los alrededores de la casa. Casualmente, esta noche me encontraba con ellos. Vimos a un tipo saltar la tapia del jardín. Le dimos unos minutos y luego hicimos lo propio, siguiéndole los pasos. Queríamos atraparlo en el momento justo, pero usted se nos anticipó.

—Inspector Arnold, este tipo pretendía abandonar la casa a toda prisa —dijo alguien que traía del brazo a James.

Todos nos sorprendimos, porque no habíamos reparado en la desaparición del mayordomo.

—Si hace un momento estaba aquí... —recordó el inspector.

—Pues ahora trataba de escabullirse.

—Muy interesante, Harvey. Sin duda se trata del cómplice de John Moore. ¿No es así, James...?

El mayordomo bajó la mirada y permaneció callado.

—Llevemos al abogado abajo —indicó el inspector—. Quiero hacerle algunas preguntas. Una vez en el salón, John Moore fue reanimado. Era un tipo moreno, de unos treinta y ocho años, facciones poco agraciadas, mirada fría, hermética.

—¿Está dispuesto a responder a mis preguntas, señor Moore?

—¿Es usted el inspector Arnold?

—Efectivamente.

—No tengo ganas de responder a nada.

—Le advierto que el mayordomo ya ha confesado... —observó el inspector, aunque no era cierto. James y Harvey, el agente que lo había atrapado cuando trataba de huir, ya no se encontraban en la casa.

Los ojos de John Moore emitieron un destello.

—Nunca debí confiar en ese viejo inútil.

—Su silencio ya no sirve de nada, señor Moore. Por eso le agradecería que me aclarase algunos puntos. El mayordomo admitió ser su cómplice, pero se negó a entrar en detalles.

—Está bien, pregunte.

—¿Lex Cook?

—Cuando bajó al jardín, yo ya me encontraba en él, esperándole. Aguardé a que se cansara un poco nadando. En una de las ocasiones en que se sentó en el borde de la piscina, para tomarse un respiro, le sorprendí por la espalda y le asfixié con mi brazo, arrojándolo después al agua. Me largué del mismo modo que había entrado: saltando la tapia. Siempre utilicé el mismo sistema para colarme por las noches en la casa.

—¿Mary Riordan?

—Me resultó sencillo introducirme en su habitación, puesto que la chica nunca cerraba con llave. Ella dormía profundamente. Le oprimí el cuello sobre la arteria carótida, y la dejé sin sentido. Tras inyectarle la sobredosis de morfina, me preocupé de imprimir sus huellas en la ampolla y en la jeringuilla. Dejé la llave de la habitación en el suelo, cerca de la puerta, y cerré con un duplicado de la misma que me había facilitado James.

—¿Bill Cooper?

—A ése se lo cargó James; él puso el veneno en la botella de *whisky*. Sobre las tres de la mañana, entré en su habitación para dejar la nota de su confesión. Imitar su letra no me fue difícil, James me había proporcionado una nota escrita por el exboxeador. Bill Cooper tampoco cerraba con llave su habitación. Como yo también poseía un duplicado de la misma, dejé la suya en el suelo y cerré con la mía.

—También fue James quién se apoderó del encendedor del señor Wells, ¿verdad?

—Sí, inspector. Yo se lo ordené. Quería que usted lo encontrase en la habitación de Mary Riordan.

—Y sospechara del señor Wells...

—Efectivamente.

—Bien, prosigamos. ¿Estelle Weld?

Los ojos de John Moore adquirieron un brillo extraño.

—También fue cosa de James. Él preparó el calentador para que se produjese la descarga eléctrica. Entiende bastante de eso.

—¿Qué tenía previsto simular con el señor Wells? ¿Otro suicidio?

John Moore me miró.

—Antes de responder a su pregunta, inspector, me gustaría saber por qué el señor Wells me estaba esperando.

El inspector Arnold se lo explicó.

—Muy ingenioso, señor Wells —comentó el abogado, sonriendo sin ganas. Tras encararse nuevamente con el inspector Arnold, dijo —: No, inspector, con el señor Wells no pensaba simular suicidio. Tenía previsto dejar tal cantidad de pruebas de que había sido asesinado, que hasta el policía más torpe de Londres hubiese culpado del crimen a Charles Maughan.

El millonario se sobresaltó.

El inspector Arnold interrogó:

—¿Quiere decir que ya no pensaba asesinar a los otros tres herederos?

—Así es, inspector. Si Charles Maughan cargaba con las culpas de los cinco asesinatos cometidos en esta casa, ya no necesitaba eliminar a nadie más.

—¿Y por qué ese interés en que el señor Maughan fuese detenido y procesado?

John Moore bajó la mirada.

—Yo estaba enamorado de Estelle Weld, mi secretaria. Ella no accedía a casarse conmigo, pero yo confiaba en convencerla algún día. En cierta ocasión, la envié a esta casa con unos documentos para Charles Maughan. Estelle y el señor Maughan pasaron la noche juntos...

El millonario se puso a toser nerviosamente.

John Moore continuó:

—Durante algunas semanas, fueron amantes. Después, Charles Maughan se cansó de Estelle, como de todas. Yo olvidé lo de casarme con ella, obligado por las circunstancias, pero juré vengarme de ambos. De Charles Maughan, por no haber respetado a mi secretaria, y de Estelle, por haberse comportado como una cualquiera. Esperé pacientemente el momento para llevar a cabo mi venganza. La extraña ocurrencia de Charles Maughan de repartir cuatro millones de libras entre ocho personas y el hecho de que una de ellas fuese Estelle, me brindó la ocasión que estaba esperando. Me puse de acuerdo con James, al que encontré muy molesto porque Charles Maughan no se había acordado de él a la hora de nombrar herederos, y preparamos el plan.

—¿Y era necesario asesinar antes a otros tres herederos...?

—Naturalmente que sí, inspector. Si hubiese asesinado sólo a Estelle, ustedes hubieran podido pensar que yo, por aquello de que ella había sido mi secretaria hasta pocos días antes de su muerte, tenía algo que ver en el asunto. Y era difícil culpar a Charles Maughan del asesinato de Estelle... Eliminando a otros herederos primero, nadie sospecharía de mí.

En cambio, Charles Maughan resultaría cada vez más sospechoso...

—Confieso que para mí era el sospechoso número uno.

—¡Inspector...! —exclamó el millonario, mostrándose ofendido.

—Le ruego que me disculpe por ello, señor Maughan —sonrió el inspector Arnold—. Vamos, Harris, hemos de llevar al señor Moore al sitio que le corresponde.

El inspector, su ayudante y el detenido salieron del salón, acompañados por Charles Maughan.

Dorothy dijo:

—No aguanto un día más en esta casa, Rocky. Quiero irme mañana mismo.

—Todo se ha solucionado ya, Dorothy. No corremos ningún peligro.

—No puedo apartar de mi pensamiento que Lex, Mary, Bill y Estelle...

Rod Kerriman suspiró:

—Ninguno de nosotros sospechaba que la muerte nos había

citado en Londres...

—Yo estoy de acuerdo con Dorothy —intervino Nancy Sullivan—. Debemos irnos cuanto antes.

—¿Olvidáis la condición impuesta por Maughan? —observé.

—Hablemos con él —sugirió Dorothy—. Comprenderá que no nos agrada permanecer en un lugar donde cuatro personas han perdido la vida en unos cuantos días.

En aquel momento regresó Charles Maughan.

—Señor Maughan... —dije, tras un carraspeo.

—¿Sí, señor Wells?

—Queremos marcharnos mañana de Londres.

—¿Marcharse de Londres...?

—Bueno, me estoy refiriendo a la señorita Harper, al señor Kerriman y a mí, naturalmente. Puesto que la señorita Sullivan vive en Londres, es de suponer que se quede aquí.

—Yo también dejo Londres —dijo la exesposa del millonario, cogiéndose del brazo del pianista—. El señor Kerriman y yo vamos a casarnos y viviremos en San Francisco.

Dorothy y yo nos llevamos una buena sorpresa, pero Charles Maughan se quedó de muestra.

—¿Que tú y el señor Kerriman...? —balbució el millonario.

—Es cierto, señor Maughan —confirmó Rod Kerriman, sonriendo—. Nancy y yo nos queremos.

—Caramba, les deseo que sean muy felices. Nancy se lo merece, de veras. Yo no supe hacerla feliz...

Nancy Sullivan iba a replicar, pero el millonario alzó la mano:

—Sé lo que vas a decir, Nancy, pero no es verdad. No me casé contigo por vengarme de aquella bofetada que me diste en la fiesta, la noche que nos conocimos, sino porque me gustabas. Con la misma sinceridad que digo esto, digo también que nuestro matrimonio fracasó por mi culpa, no por la tuya. No soy el tipo de hombre que se resigna a una sola mujer, el matrimonio no está hecho para mí. Cometí un error casándome, lo comprendí a las pocas semanas de haberme unido contigo. Sé que te causé mucho daño...

—Mucho, Charles —murmuró ella, con los ojos casi en llanto.

—¿Podrás perdonarme algún día, Nancy?

—No me será fácil, pero lo intentaré.

—Gracias, Nancy.

Hubo un silencio embarazoso.

—¿No tiene inconveniente en que nos marchemos mañana, señor Maughan? —carraspeé.

—No, ninguno. Después de todo lo ocurrido, es lógico que no deseen permanecer más tiempo en esta casa. A primera hora les extenderé un cheque a cada uno por valor de un millón de libras.

EPÍLOGO

Charles Maughan cumplió su palabra, nos entregó los cheques.

Aquella misma mañana tomamos el avión de regreso a los Estados Unidos. Dorothy y yo nos casamos en Nueva York aquel mismo día.

Reservamos dos pasajes de avión para Miami, porque allí pensábamos pasar nuestra luna de miel. Por la mañana, cuando fuimos a retirarlos, nos encontramos con la misma chica que nos entregara los pasajes cuando nuestro viaje a Londres. Quise hacerme el despistado, pero la atractiva empleada de las líneas aéreas tenía una memoria excelente que se puso rápidamente de manifiesto:

—¿Cuándo piensa llevarme a cenar, señor Wells...?

—Bueno, verás, es que... —carraspeé, nervioso.

—Enséñale el anillo, Rocky —me ordenó Dorothy.

No tuve más remedio que mostrárselo a la chica.

—¿Se ha casado usted, señor Wells...? —Pestañeó ella.

—Eso parece, preciosa.

—Lo de preciosa sobraba —me recriminó Dorothy, soltándome un codazo.

—Mujer, ha sido un piropito de nada... —me defendí.

—¿Se ha casado con ella...? —me preguntó la chica.

Fue Dorothy quien contestó:

—Sí, se ha casado conmigo. ¿Algo que objetar?

—No, claro que no...

—Vamos, Rocky —dijo Dorothy, sacándome de allí a tirones.

Nos detuvimos en la sala de espera, aguardando a que por los altavoces se anunciase el vuelo Nueva York-Miami.

—¿No has sido un poco dura con la chica, Dorothy...?

—Una ha de ser dura cuando se casa con un caradura.

—No lo estarás diciendo por mí...

—¿Tú qué crees, cariño? —me sonrió con ironía.

Le pasé un brazo por la cintura y la atraje hacia mí.

—Tal vez sea un caradura, pero estoy loco perdido por ti.

—Que dure es lo que hace falta.

—Hasta el último instante de mi vida, te lo juro —repuse, tratando de besarla, pero ella puso objeciones.

—Rocky, que nos está viendo mucha gente...

—Los hombres se estarán mordiendo las uñas de envidia, seguro.

—Se agradece el piropo, pero será mejor que dejemos los besos para cuando estemos instalados en un hotel de Miami, ¿vale?

—Miami, qué paraíso...

—Y cuánto bikini...

—Todavía no hemos llegado y ya estás desconfiando de mí.

—Previsora que es una, cariño.

—Recuerdo que me dijiste que eras cantante...

—Sí, no tengo mala voz.

—¿Me cantarás algo al oidito esta noche, tesoro...?

—Las cuarenta, porque estoy segura de que ya me habrás puesto celosa con alguna despampanante huésped del hotel.

—Voy a demostrarte que para mí solo existe ya una mujer en el mundo.

—No, Rocky, que llamaremos la atención...

No me importó llamarla. La estreché contra mi pecho y le di un beso de antología.

Tenía derecho a hacerlo, qué diablos. Era mi esposa, ¿no?

FIN

